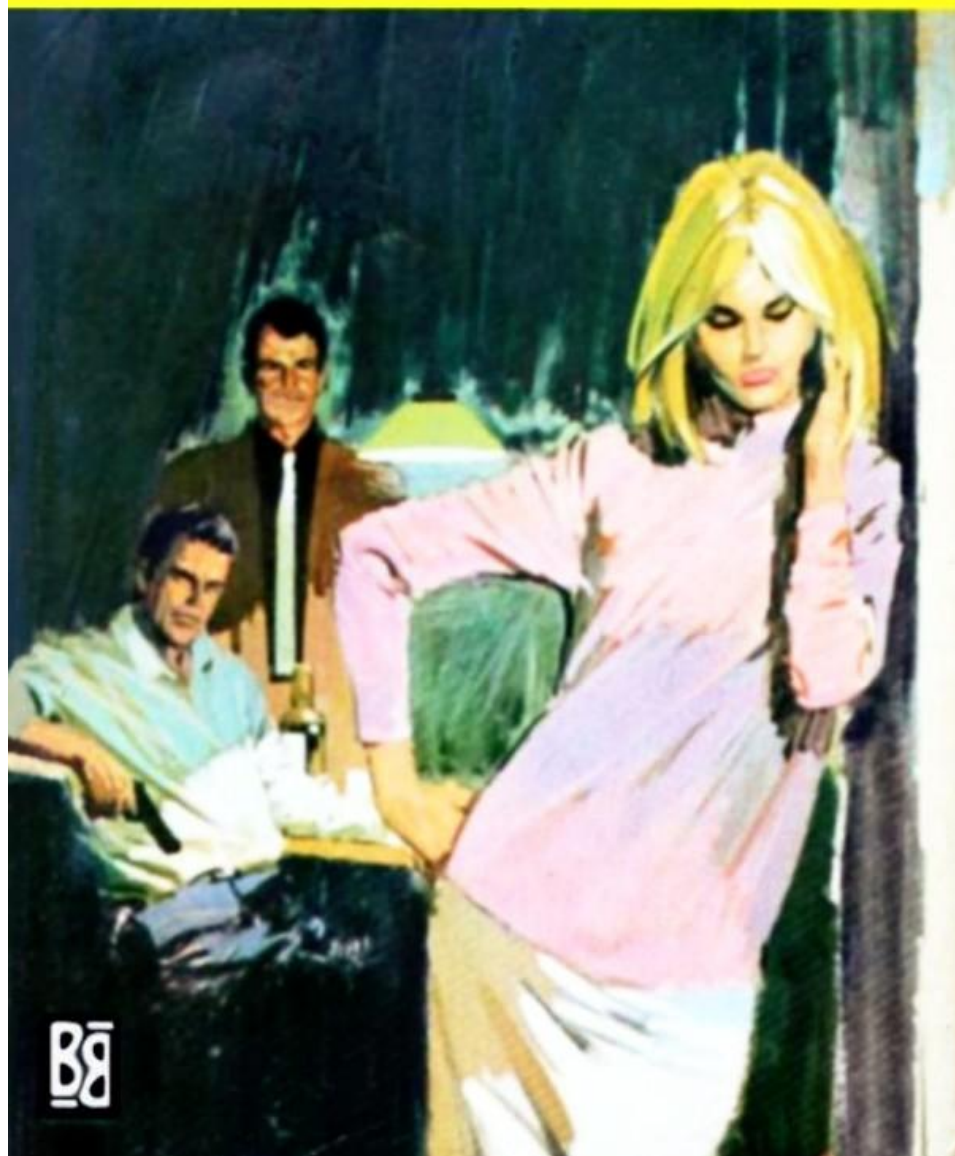


PUNTO
ROJO

crimenes imperfectos

Burton Hare



CRÍMENES IMPERFECTOS



BURTON HARE

CRÍMENES IMPERFECTOS

Colección
PUNTO ROJO n.º 142
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



Depósito Legal B 30489-1964
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: enero 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© ANTONIO BOSCH - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6356/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

140. — Cuando la muerte nos visita.

En Colección SERVICIO SECRETO:

747. — Ventana peligrosa.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

37. — Donde todo es falso.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre pesaría poco más o menos como un tanque de asalto, era bajo y sus tres papadas oscilaban como si fueran a caerle de un momento a otro. La impresión general que producía era que, al menor descuido, caería al suelo y saldría rodando como una pelota.

Cuando se hundió materialmente en la butaca destinada a los visitantes produjo el efecto de que se fundía en ella, como si mueble y cuerpo formaran una unidad.

Sus ojillos astutos y brillantes se quedaron clavados en mí con inquietud, sabiendo por adelantado que las noticias no iban a ser buenas precisamente.

—¿Y bien, Bearing? —inquirió con tono suplicante.

—Tenía usted razón, míster Taylor.

Aquello acabó de hundirlo. Todo asomo de color huyó de su mofletudo rostro y sus ojos adquirieron un brillo húmedo, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Era un espectáculo que hubiera podido ser cómico de no resultar tan patético.

—¿Quién es él? —balbuceó al fin, con una voz que apenas si resultó algo más que un murmullo.

—Se llama Mark Stevens. Una especie de *gigolo* que interpreta pequeños papeles en la televisión. También actúa, cuando le contratan, en algunas películas, aunque hasta ahora no ha logrado levantar cabeza a pesar de su facha impresionante.

—Nunca lo he oído nombrar... Ella... bueno, usted sabe... ¿parece estar enamorada de él?

Lo miré, aturdido. No me parecía la reacción que podía esperarse de un hombre al que le están engañando y sacando los cuartos además.

—Es difícil de asegurar —dije precavidamente—. Las mujeres engañan en este aspecto, pero yo diría que está chiflada por él. Lo siento, míster Taylor —añadí precipitadamente—; pero mi deber es darle el informe lo más claro posible.

—Sí... sí, naturalmente... ¿Dónde... dónde se entrevistan?

—No tienen un lugar fijo. Acostumbran inscribirse en cualquier Motel discreto, generalmente en los que poseen cabañas independientes.

—Sí, lo acostumbrado... Es terrible... ¿Cuántas... cuántas veces los ha sorprendido usted?

—Tres.

—En una semana —gimió.

—Exactamente en diez días, míster Taylor —puntualicé.

—Es igual.

Guardó silencio unos instantes. No pude apartar la mirada de él, de su rostro grotesco contraído por el dolor y la pena, pero no por la rabia o el despecho. Decididamente, no podía comprender a semejante tipo.

Para romper la violencia de aquel mutismo añadí:

—Si lo que está pensando es solicitar el divorcio basándose en mi informe, permítame decirle que no le sirve de nada tal como está en la actualidad. Usted me prohibió sacar fotografías ni dejarme ver, de manera que sería mi palabra contra la de su esposa, y un tribunal no dudaría en mandarme a mí al infierno.

—No quiero pedir la separación.

—Bueno...

Eso pasaba más allá de todo lo que yo era capaz de asimilar, de manera que cerré la boca y esperé que fuera él quien diera el próximo paso.

Lo dio casi tres minutos más tarde.

—¿Me permite usar su teléfono, Bearing?

Se lo acerqué a través de la mesa. Marcó un número y a juzgar por lo que dijo comunicó con sus oficinas, donde pidió hablar con un tal Barnet, jefe de producción.

Cuando lo tuvo al aparato, gruñó:

—Habla Taylor, Jo. ¿Qué puedes decirme de un tipo llamado Mark Stevens?... No, solamente hace pequeños bolos y algún comercial... Eso es, del montón... Está bien, espero...

Con la mano libre intentó sacar el paquete de cigarrillos, pero se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo. Tuve que rodear la mesa para recogerlo, ya que él era incapaz de doblarse lo suficiente para recuperarlo. Me pregunté cómo se las arreglaría para atarse los zapatos.

Una vez hubo encendido el cigarrillo aspiró el humo y lo expelió nerviosamente. Volví a mi sitio, saqué un pitillo de los míos y me dediqué a fumar durante los minutos que mi cliente esperó la respuesta a su pregunta.

Finalmente, su jefe de producción habló al otro lado. Escuché la vibración del auricular.

—Está bien, Jo. Ahora dime quién lo representa... ¿McKinley? Perfecto, Jo; eso es todo, gracias.

Colgó lentamente, sumido en sus meditaciones. Cuando levantó la redonda cabeza la humedad seguía en sus ojos, pero había un brillo de decisión en ellos.

—¿Sabe usted dónde vive él, Bearing?

—Sí, tiene un pequeño estudio en Cedar Street.

—Vamos a ir a verlo.

Comenzó a luchar con su formidable volumen para levantarse. No me moví, limitándome a mirarlo fijamente.

Tan pronto logró ponerse en pie, jadeando como un fuelle, se dio cuenta que yo seguía sentado en mi sillón basculante. No pareció gustarle mi actitud.

—¿Qué demonios espera usted, Bearing? He dicho que vamos a ir a ver a ese hijo de perra...

—No estoy muy seguro de que eso sea conveniente para mí. Ni para usted, dicho sea de paso.

—¡Maldita sea! ¿Qué bicho le ha picado? Le pago para que esté a mi servicio. Y ya que hablamos de eso, creo que le pago más de lo que le han pagado en su vida, de manera que hará lo que yo ordene.

—No saque los pies del cesto, mister Taylor —mascullé con la voz seca que requería la situación—. Usted vino a mí porque los demás detectives privados rechazaron su caso. Hay muy pocos que acepten esta clase de trabajo. Saben lo que les espera si tienen que declarar ante los tribunales y...

Me interrumpió con un ademán airado y replicó:

—¡Pero usted lo aceptó!

—Naturalmente. Tengo la mala costumbre de comer todos los días, aparte de darme algunos otros vicios por el estilo. No están los tiempos como para presumir de ética. Pero eso no me obliga a meterme en un embrollo que puede costarme la licencia.

—¿A qué se refiere?

—Usted pretende ir a entrevistarse con el amante de su esposa. *Okey*. ¿Qué va a hacer una vez allí, suplicarle que la deje en paz? No, claro —añadí sin esperar respuesta—. Habrá jaleo, y si yo tengo que intervenir y el tipo llama a la policía me habré pillado los dedos. Será una agresión con allanamiento de morada y algunos agravantes más. ¿Está lo bastante claro para usted?

—No pienso emplear ninguna violencia, Bearing... —afirmó, con lo que me dejó más desconcertado que hasta entonces—. Suplicaré a ese hijo de perra, tal como ha dicho usted, ¿entiende? Le pediré que deje en paz a mi esposa, que no la vea más...

Su voz se quebró. Era ridículo.

—¿Cree usted que le hará el menor caso?

Asintió con una cabezada, lo cual provocó un absurdo balanceo de sus tres papadas. Después, añadió:

—Tengo argumentos para convencerlo, si se niega... Con solo coger el teléfono y conversar un rato, puedo hacer que no vuelva a conseguir el menor trabajo en toda su vida. Puedo cerrarle todas las puertas de la televisión y el cine. No olvide que soy uno de los más fuertes productores

independientes de Hollywood.

—Sigo sin entender su manera de enfocar este asunto, míster Taylor. Le confieso que escapa a mi comprensión.

Hizo un ademán ambiguo, indeciso, como si se avergonzase de confesar sus motivos. Pero finalmente, y con voz temblorosa, murmuró:

—Amo a mi esposa por encima de todo, Bearing.

Eso era todo. Realmente, no hacía falta más, aunque particularmente me pareciera lo más absurdo de cuanto llevaba visto a lo largo de mi vida. Absurdo y ridículo si uno tenía en cuenta el aspecto físico de mi cliente y el de su mujer, a la que yo había estado siguiendo durante diez días. Si se establecía esa comparación, las cosas aparecían bastante más claras. La señora Taylor era una de las mujeres más espectaculares de cuantas circulan por Hollywood a bordo de un «Cady» color tabaco. Y las hay capaces de detener la circulación.

—Okey —accedí al fin—. Le acompañaré.

No pronunció una palabra más y se encaminó a la puerta con su andar bamboleante. Lo seguí con muy poco entusiasmo.

Quiso que fuéramos en su coche, otro «Cadillac» tan rutilante como el que utilizaba su esposa, aunque de color negro cuajado de cromados. El chófer, un mejicano joven y bien parecido, de rostro simpático y muy moreno, mantuvo la portezuela abierta hasta que estuvimos instalados en el asiento trasero. Entonces corrió, rodeando el vehículo, y se instaló ante el volante con la majestad de un emperador.

Le indiqué el camino a seguir, y tras esto me acomodé, no deseando hablar en absoluto. No me gustaba la escena que íbamos a representar, entre otras razones porque esta clase de trabajos resultan nauseabundos.

Aunque, mirándolo bajo otro aspecto, iba a caerme un buen puñado de dólares a cambio, de manera que los escrúpulos podían irse al diablo de una vez por todas.

El edificio donde el apolíneo Mark Stevens tenía su estudio era uno de esos que la fiebre del cine, en sus años de oro, revalorizó cuando sus propietarios estaban a punto de derribarlos. Entonces hicieron algunas reformas, convirtieron los grandes apartamentos en minúsculos cubículos, multiplicándolos, y se lanzaron a vivir de renta. Actualmente han decaído bastante, pero las legiones de aspirantes a la gloria siguen sucediéndose unas a otras, de manera que tienen asegurada su rentabilidad.

El estudio de Stevens estaba situado en la cúspide de aquella colmena. Por lo que yo sabía, era pequeño y poseía una terraza en la que el hombre se tendía, desnudo, para broncear en todo tiempo su cuerpo. A fin de cuentas, no hacía más que cuidar su fuente de ingresos.

Cuando abrió la puerta y vio a míster Taylor pegó un respingo y estuvo tentado de cerrarnos la puerta en las narices. Me apresuré a introducir el pie en la rendija, y tras esto di un empujón que nos franqueó el paso y a él

lo mandó trastabillando a la mitad del diminuto vestíbulo lujosamente alfombrado.

Cuando recuperó el equilibrio, nosotros ya estábamos dentro y yo había cerrado la puerta. Hizo un tremendo esfuerzo y decidió representar el papel de un hombre ofendido en lo más profundo de su dignidad.

No obstante, yo ya estaba harto de todo el asunto y le atajé a las primeras de cambio:

—Mire, Stevens —refunfuñé—. Ahórrese la representación. Sabemos la clase de hijo de perra que es usted, los cuartos que le ha sacado a la señora Taylor y todo lo referente a sus entrevistas, de manera que tómelo con calma o se hará daño. Míster Taylor tiene algo que decirle. Usted escuchará tranquilamente hasta el final. ¿Conforme?

Tragó saliva con ciertas dificultades. Estaba pálido a pesar de su atezado rostro. Observé que mi cliente lo miraba con tanta atención como si se propusiera comprarlo.

Era un tipo realmente impresionante. Mediría alrededor de un metro noventa centímetros y tenía el cuerpo perfectamente proporcionado a esa altura, con anchos hombros, cuello de toro y una cintura tan estrecha como la de una bailarina.

De todas formas, yo dudaba que semejante fachada estuviera respaldada por los correspondientes músculos. Llevaba una vida demasiado agitada, disipada más bien, durmiendo de día y viviendo de noche, para que su fortaleza hiciera honor a su aspecto.

—Su manera de presentarse me parece un atropello —exclamó al fin, tan pronto como recobró la voz.

Alargué el brazo y coloqué la mano plana sobre su abultado pecho, empujándolo hacia atrás. Volvió a trastabillar, pero retrocedió hacia el interior; que es lo que yo deseaba.

—Será mejor que nos invite a entrar, Stevens —dije amenazadoramente—. Míster Taylor desea hablarle... amistosamente. Yo no.

No despegó los labios, pero le seguimos hasta la sala de estar, amueblada cómodamente, pintada de colores chillones y alumbrada por el enorme ventanal que comunicaba con la terraza. Un buen sitio para vivir, si uno tenía a alguien dispuesto a pagarle el alquiler.

Míster Taylor buscó una butaca para hundirse, y cuando la encontró, se dejó caer en ella. Yo me quedé de pie a un lado, manteniéndome en segundo plano. Stevens también prefirió seguir mostrándonos estatura, aunque se le veía nervioso y sin saber qué hacer con sus manos tan cuidadas como las de una mujer.

Mi cliente empezó hablando suavemente:

—Sé todo lo referente a usted y Norma —dijo con voz casi monótona—. No soy tan estúpido como para no advertir cuando las cosas van mal en mi propia casa. Por eso encargué a míster Bearing que les siguiera los

pasos, Míster Bearing es un detective privado.

Stevens me dirigió una mirada asesina. Si en aquellos instantes hubiera tenido oportunidad de hacerlo me habría despedazado.

Apretó las mandíbulas y sus dientes chirriaron. Era un buen actor, a su manera. Daba la impresión de que se contenía con un esfuerzo heroico para no echarnos a la calle, pero a pesar del papel que intentaba representar, uno podía notar su inquietud e incertidumbre.

Mi cliente prosiguió, en el mismo tono desapasionado:

—Sé que es inútil hablarle a usted lealmente; no obstante, quiero hacerlo... porque yo soy una persona decente, Stevens. Yo amo a Norma, ¿puede usted entenderlo? La amo, incluso después de saber lo que ha sucedido entre ella y usted. Por eso no quiero perderla. ¡No podría vivir sin ella!

Lo miré con disgusto. No era aquella la manera de hablarle a un bastardo como el apolíneo *gigolo*, que aspiraba aire solo para que viéramos cómo se hinchaba su abultado torso.

Pero míster Taylor siguió con su idea y yo guardé silencio.

—Tal como le he dicho a míster Bearing —añadió—, he querido venir aquí para suplicarle a usted que deje en paz a Norma. He dicho suplicarle y eso es lo que estoy haciendo, ¡maldita sea! Puede usted conseguir docenas de mujeres tan hermosas como ella. En Hollywood las encontrará con solo chasquear los dedos...¡Pero no vuelva a acercarse a ella!

Esa actitud de mi cliente infundió ánimos a Stevens. Pude advertir su cambio cuando irguió la cabeza y miró al voluminoso hombrecillo que casi desaparecía dentro de su butaca. Sus ojos chispearon, humorísticos, cuando inquirió suavemente:

—Supongamos que es ella la que no quiere apartarse de mí.

Mis nervios dieron un tirón, pero míster Taylor resistió el sarcasmo y dijo con calma:

—Ella es asunto mío. Creo poder hacerla entrar en razón. Es a usted a quién he venido a convencer. Tiene que prometerme que no se acercará nunca más a Norma, Stevens.

—Creo que pide usted demasiado, míster Taylor.

El viejo levantó vivamente la cabeza. Sus ojillos lanzaron llamaradas de ira, pero una vez más, consiguió contenerse. No obstante, su voz resultó algo más seca cuando masculló:

—No tire demasiado de la cuerda, Stevens. Podría romperse y usted caería de espaldas, no yo.

—Usted está sentado —rio el tipo, aunque su risa resultó tan falsa como un billete de tres dólares y medio—. No puede caerse de ninguna manera. ¿No cree que ya hemos hablado demasiado?

—Hay algo más que quiero decirte.

—Guárdese. ¿No se mira usted al espejo de vez en cuando, amigo

mío? Hágame caso y póngase frente a uno cualquiera. Después, compárese conmigo y sabrá la razón por la cual Norma está loca por mí. Y ahora largo de aquí los dos. Su guardaespaldas apesta a cuadra.

Eso iba para mí. Comencé a preocuparme seriamente.

Míster Taylor perdió el poco color que todavía conservaba en sus mejillas. Inició la lucha de costumbre para levantarse de la butaca, mientras refunfuñaba:

—Es usted un estúpido, Stevens. Haré que le cierren todas las puertas de Hollywood. Jamás volverá a trabajar en la televisión, ni en el cine, naturalmente...

Eso le hizo daño al grandísimo bastardo. Avanzó un paso, agresivo.

—¡Oiga, no le dejaré que arruine mi carrera!

El voluminoso productor de películas había logrado afianzarse sobre sus cortas piernas. Levantó la cabeza para poder mirar a la cara a aquel gigante.

—Usted ha arruinado mi matrimonio... Creo que será un precio justo el que pagará —intentó reír, pero solo consiguió una especie de gemido ahogado. Abandonó el intento y añadió—: Usted se lo ha buscado, hijo de perra... y le apartaré de Norma, le guste o no...

Stevens perdió la poca cordura que tenía. Él comprendía perfectamente lo que aquello significaba. Se moriría de hambre si tenía que esperar un contrato, aparte de que era el hundimiento de todas sus ilusiones y esperanzas artísticas.

Tal vez pudiera vivir a costa de algunas mujeres tan crédulas como Norma Taylor, pero eso no duraría mucho tiempo, y él lo sabía.

Alargó el brazo y sujetó a mi cliente por las solapas, desesperado. Abrió la boca, el rostro contraído por el furor.

Nunca he sabido lo que se proponía decir. El muy idiota me dio la oportunidad de intervenir y lo hice.

Disparé mi puño izquierdo de abajo arriba. Los nudillos se despellejaron contra su mentón, mientras el golpe repercutía dolorosamente en mi hombro.

Su mandíbula produjo un chasquido tremendo y él salió proyectado hacia atrás. Armó un estrépito de todos los demonios cuando se estrelló contra un mueble rinconera y cayó sentado sobre la alfombra.

Avancé calmosamente hacia él y esperé a que se pusiera de pie para sacudirlo nuevamente, esta vez en el estómago. No fue un golpe muy limpio porque noté cómo mi puño derecho se hundía en una masa blanda más abajo de su cinturón. En un cuadrilátero me hubieran descalificado sin remedio, pero allí uno podía permitirse ciertas libertades.

El tipo lanzó un sordo aullido y cayó de rodillas, doblado hacia adelante y apretándose con las dos manos el lugar machacado, mientras mantenía la boca desmesuradamente abierta en busca de un soplo de aire.

Poco a poco fue cayendo hacia adelante hasta que su cara se apoyó dulcemente sobre la gruesa alfombra y allí se quedó durante un minuto, gimiendo, resollando y ahogándose.

Detrás de mí, míster Taylor gruñó:

—Yo no le he dicho que hiciera eso, Bearing.

—Me lo ha dicho él.

—No me gusta la violencia, usted lo sabe.

—A mí tampoco.

Se bamboleó, acercándose a mí. Sus pupilas brillantes se clavaron en las mías.

—Ya me doy cuenta —dijo, suavemente.

Se volvió hacia el caído atleta. Seguía en su postura, como si rezara a Alá, postrado hacia la Meca.

Entonces pregunté:

—¿Tiene usted algo más que decirle, míster Taylor?

—Creo que no.

—¿Qué le parece si nos vamos? Esto huele a mofeta que apesta.

Giró sobre sus talones y emprendió el camino de la salida. Era gracioso verlo andar, pero en aquella ocasión me perdí el espectáculo, porque Mark Stevens, el arrogante *gigolo*, había conseguido ponerse de rodillas y sus ojos turbios giraban tratando de enfocar lo que tenía delante. Me pareció que debía ahorrarse el esfuerzo, de manera que volteeé el brazo derecho y mi puño cerrado le dio justo en la nariz, proyectándolo hacia atrás. Su cabeza de chorlito estuvo a punto de hacer polvo una mesita ratona, pero el mueble se derrumbó a un lado dejando todo el espacio para el gran Stevens.

Este se quedó tan quieto como la alfombra, aunque más sucio que esta porque la sangre le brotaba a chorros de su aplastada nariz.

Cuando salí del estudio lo hice con la certeza de que aquella nariz de corte romano jamás volvería a ser lo que había sido.

Mi cliente me esperaba frente al ascensor. Si se dio cuenta de mi especial despedida, nada dijo sobre ello. Me miró, parpadeó un par de veces y suspiró. Eso fue todo hasta que las puertas se abrieron y el artefacto nos engulló, rumbo a la calle.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, cuando llegué a mi oficina, me sentía poco menos que el amo del mundo. Tiré el periódico, todavía sin desdoblar, sobre la mesa, colgué la chaqueta en el armario empotrado y me dejé caer en el sillón basculante. Como de costumbre, sus muelles chirriaron como un saco de grillos. No obstante, aquella mañana no me molestó ese concierto.

Acababa de ingresar el cheque de míster Taylor. Nunca había podido suponer que un tipo de tan cómico aspecto pudiera mostrarse tan generoso con un pobre investigador privado, desacreditado y con una fama que olía a diablos a una milla de distancia.

No obstante, la verdad era que en aquellos instantes yo hubiera podido firmar un cheque por tres mil dólares y el banco lo habría atendido sin soltarme los perros.

Desplegué el diario, coloqué los pies sobre la mesa y me pregunté cómo pensaría míster Taylor arreglar el asunto con su mujer. Cuando me había despedido de él, mi impresión había sido que estaba mucho más optimista que antes. Debía tener alguna idea determinada respecto a la dama y al fofu Adonis. Tal vez pensaba que pudiéndolo poner en ridículo ante ella, Norma dejaría de interesarse por un fulano que se deja sacudir sin devolver un solo golpe.

Mentalmente, mandé el asunto al diablo y me enfrasqué en la lectura del periódico. Pero tampoco las noticias eran como para alentar a nadie. Uno tenía la impresión de que ya las había leído el día anterior, tan iguales eran.

Arrojé el periódico a la papelera, abrí el primer cajón de la derecha y saqué el aplanado frasco que guardaba para las contadas ocasiones en que tenía algo para celebrar. Realmente, comprobé que apenas si quedaba para un trago y me decidí a vaciarlo rápidamente. Hecho esto, siguió el mismo camino que el diario.

Cerré el cajón, encendí un cigarrillo y me puse a meditar sobre la mejor manera de gastar el montón de pasta que poseía. Naturalmente, una obra de caridad semejante no podía llevarla a cabo yo solo. Necesitaba cierta colaboración.

Pasé revista mental en busca de alguien adecuado para prestarme ayuda en una tarea tan delicada. Cuatro o cinco nombres acudieron en tropel a mi mente, hermosos nombres de más o menos hermosas mujeres.

Ninguna de ellas me pareció adecuada para la ocasión. Todas ellas podrían ayudarme a patear un par de centenares de pavos, pero no tres mil.

La ocasión requería algo especial.

Antes que pudiera llegar a un acuerdo conmigo mismo se abrió la puerta y entró una mujer de unos cincuenta años, alta y huesuda, con una pelambreira hirsuta y revuelta, ojos como rendijas y boca voluntariosa.

Su cara estaba roja de furia y se desplomó sobre la butaca antes de pronunciar la menor palabra. Había penetrado en mi santuario privado como si estuviera en su propia casa.

—Tiene usted que ayudarme —jadeó cuando pudo hablar.

—Cubro por ayudar a la gente, señora...

—Florián... Linda Florián. Él se llama Gino Florián.

—¿Él?

—Mi marido.

Coloqué mi sonrisa de circunstancias en mi cara y no dije nada. Aquel era un asunto de centavos, de manera que no tenía por qué alentarla demasiado.

Pero no necesitaba que nadie la animase. Casi sin respirar, me contó la historia completa casi desde sus ya lejanos tiempos de la escuela. Pude sacar en claro que el tal Gino Florián poseía un pequeño *bistro* típico, que ella era propietaria de una tintorería de barrio, que Gino —el diablo cargue con él— era sumamente aficionado a las faldas, mejor dicho, a lo que estas encerraban. Que ella lo sabía, pero que comprendía que los hombres son distintos de las mujeres, pero que esta vez se había pasado de rosca y que no estaba dispuesta a permitirlo.

Seguí callado hasta el final.

El final era que Gino Florián, dando rienda suelta a su sangre latina, había emprendido el vuelo en compañía de una dama que acostumbraba frecuentar el *bistro*, pero antes de largarse había tenido buen cuidado de embolsarse todo el dinero que pudo hallar a mano.

—Usted lo encontrará —terminó resueltamente.

—¿A Gino o al dinero? —puntualicé.

—A ambos. El dinero cuesta de ganar, usted sabe...

—Dígamelo a mí.

—¡Pero es a él a quién quiero tener entre mis manos!

Compadecí al italiano, pero inquirí todavía:

—¿Para qué?

—Voy a tatuarle la barriga con un cuchillo —afirmó.

—Es algo que ya debería haber hecho hace años. Así lo tendría seguro.

—Bueno.

Me entregó una fotografía del alegre Gino. Era un hombre insignificante a mi entender, con un enorme bigote y ojos vivos. También

me dejó cincuenta dólares como anticipo, que fue realmente lo que me hizo mirar el asunto desde distinto punto de vista. Le hice algunas preguntas, tomé un par de notas, entre ellas el nombre de la pájara que acompañaba al bigotudo, y esperé hasta la tarde para ponerme en campaña.

Tardé dos días en echar la vista encima a la pareja. No habían tenido mucha imaginación, o quizá la cantidad que él había arramblado no daba para más desplazamientos, pero el caso es que estaban inscritos en «El Paraíso Verde», un motel a menos de cien millas de Los Ángeles.

No me costó mucho convencer al individuo para que regresara conmigo. Tengo la idea que me agradeció mi intromisión. Era una magnífica oportunidad para sacudirse a su pintarrajeada paloma.

Así es que lo llevé de vuelta al hogar, sin mencionarle para nada el asunto del tatuaje. Lo dejé en los amantes brazos de su mujer, cobré cincuenta dólares más y me largué. Lo que sucediera de entonces en adelante no era asunto mío.

Fue de esta manera que llegué a mi oficina alrededor de las cuatro de la tarde, después de engullir un par de hamburguesas y cinco o seis cervezas. Seguía preocupado por la falta de candidata en el asunto de mis tres mil pavos.

No obstante, tan pronto entré en la oficina mis preocupaciones variaron de rumbo al ver al hombre que esperaba, sentado en una silla de la triste sala de espera. Debía llevar mucho tiempo allí, a juzgar por la cantidad de humo de tabaco que flotaba como espesa niebla.

Se levantó al verme entrar.

—Ya desesperaba de verlo alguna vez, Bearing —refunfuñó.

—No me diga que necesita mis servicios, capitán... Sé que su Departamento no es precisamente una escuela de lumbreras, pero...

—Vayamos adentro, bocazas.

Le seguí hasta mi propio despacho privado. Él se instaló en el sillón basculante, detrás de la mesa. Tuvo un susto cuando el sillón se balanceó más de la cuenta, pero lo enderezó y tras esto me hizo seña para que me sentara en una de las viejas butacas destinadas a los clientes.

—Gracias —dije con cierto sarcasmo—. ¿Se propone también pagar mis impuestos?

—Un día de estos lo haré, Bearing. Cuando alguien le haga trizas la licencia.

—Nada le impide soñar, Kellough. Y ahora que hemos cambiado los zarpazos de costumbre, ¿qué le parece si me dice qué demonios anda haciendo por aquí? Usted llevaba una barbaridad de tiempo aguardando ahí fuera.

—Exactamente, desde las tres y diez minutos. En cuanto he salido de la central me he dejado caer por aquí.

—Bienvenido.

—Sí —dijo—. Usted siempre me recibe muy bien... ¿Cómo anda de trabajo?

—He dado carpetazo al único asunto que tenía, de manera que puede contratarme si me necesita.

—No haría eso en todos los días de mi vida. ¿Qué me dice de un tipo gordo llamado Morton Taylor?

Agucé los oídos.

—¿Qué pasa con míster Taylor? —indagué, con precaución.

—¿No lee usted los periódicos?

Comencé a preocuparme de veras.

—No en estos dos últimos días. He estado dando vueltas fuera de la ciudad, muy ocupado dando caza a Gino.

—¿A quién?

—Gino. Un italiano con bigote.

—Imagino que ese será un aspecto de su sentido del humor. Lo que me interesa es lo referente a Morton Taylor.

—Todavía no me ha dicho por qué le interesa... y pensándolo mejor, creo que no diré una palabra más hasta saber de qué lado sopla el viento. Usted pertenece a la Brigada de Homicidios, capitán.

—Hace muchos años, desgraciadamente.

—Okey. ¿A quién se ha cargado ese Taylor?

Se inclinó hacia adelante y su mirada perdió todo asomo de humor.

—¿Tenía que matar a alguien precisamente?

Pensé que quizá me había precipitado, pero cuando un capitán de Homicidios se interesa por uno de mis exclientes, y si este se encuentra en la situación de míster Taylor, no es difícil sumar dos y dos.

—Que yo sepa, no —dije—. Es una simple asociación de ideas.

—Ya veo... Usted trabaja para él, ¿no es cierto?

—Ya no. Rendí mi informe, cobré y asunto terminado. Hace dos días de eso.

—Sí. Eso tenía entendido.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? Usted no estaría aquí si no se tratara de algo importante.

—Un asesinato siempre es algo importante, Bearing.

—¡Vaya! Por fin se decide a descorrer el velo... Siga así y con un poco de paciencia tal vez pueda enterarme de lo sucedido.

Gruñó entre dientes. Sacó un cigarrillo y le prendió fuego antes de añadir con voz opaca:

—Su excliente ha sido asesinado, pesquisa.

Casi me levantó de un salto.

—¡Morton Taylor! —exclamé, estupefacto.

—¿Tanto le impresiona?

No dije una palabra. Mi cerebro funcionaba a toda velocidad, adoptando puntos de vista quizá demasiado radicales, pero que me llevaban a conclusiones más que desagradables.

El capitán Kellough expelió el humo con tanta presión como una caldera al rojo. Luego, gruñó:

—Cuénteme qué estuvo usted haciendo para él. Quizá consiga ver un punto de partida para mi caso.

—¿No hay ningún sospechoso?

—En absoluto. En todo caso, la sospechosa ideal sería la mujer, pero estaba fuera de la ciudad y he comprobado que tiene una coartada a prueba de bomba. Por lo menos, cincuenta personas pueden jurar que la noche pasada se encontraba en San Diego, asistiendo a una fiesta familiar, las bodas de oro de sus padres o algo así.

—Ya veo.

Decidí súbitamente que míster Taylor no merecía morir asesinado. A pesar de su ridículo aspecto, era una buena persona.

Así es que me dispuse a romper con todas mis costumbres y prestar ayuda a la policía.

—Okey —refunfuñé—. ¿Ha interrogado usted a Mark Stevens?

—No. ¿Quién es ese?

—El amante de *mistress* Taylor.

Sus ojos relampaguearon y durante unos instantes no dijo nada, contentándose con mirarme. Después, poco a poco, dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y se echó hacia adelante apoyando todo su peso encima de la mesa.

—¿Fue eso lo que descubrió usted para Morton Taylor? —quiso saber.

—Sí.

Le conté lo que había hecho en aquel caso desde el principio al fin, incluyendo la movida escena final. Cuando lo hube soltado todo, él parecía estar tan sorprendido como interesado.

Gruñó, tras unos instantes:

—¿Por qué se muestra tan complaciente esta vez, Bearing?

—¡Oh, diablos, no empiece con sus cosas! Míster Taylor se portó muy bien conmigo. Era una buena persona.

—Pagándole tres mil dólares, es lógico que lo considere así.

—¿Cómo lo ha sabido?

—He estado revisando todos los papeles del muerto, entre ellos el talonario de cheques. El último extendido era por esa cantidad y a nombre de usted. Por eso he averiguado que había trabajado usted para él.

—Debí suponerlo. Bien, ¿qué opina de Stevens?

—Me parece que tiene todas las probabilidades de cargar con el paquete. Voy a interrogarlo, y lo haré de tal manera que escupirá hasta el menor detalle de todo el asunto. ¡Vaya si lo hará!

Se había levantado mientras hablaba. Aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y me miró especulativamente.

Entonces añadió:

—Por una vez, Bearing, se ha portado usted como una persona decente. Siga así y tal vez consiga borrar el recuerdo de otros tiempos.

—¡Al diablo con usted! Quiero que ese bastardo pague lo que ha hecho. Supongo que no ha podido soportar la idea de que Morton Taylor le cerrase todas las puertas del cine y la televisión, hundiéndole su incipiente carrera.

—Ya nos dirá él por qué lo ha hecho.

Se encaminó a la salida sin más trámite, pero lo atajé antes que abandonara el despacho.

—Manténgame informado del caso, capitán —dije—. Tengo un gran interés en él.

—Lo haré por esta vez.

Y salió.

Cambié de sitio instalándome en el mío, al otro lado de la mesa. Coloqué los pies sobre ella, incliné el sillón y me puse a pensar en Morton Taylor, en su mujer y en su muerte. Entonces me di cuenta que ni siquiera le había preguntado a Kellough cómo lo habían asesinado, tan impresionado había quedado con la noticia.

Bajé a la calle y compré los periódicos de la mañana y los de la tarde, recién aparecidos. Pero en lugar de volver al despacho entré en un bar, pedí un doble de *whisky* y leí las informaciones de arriba abajo.

No saqué mucho en claro, pero me enteré de que alguien había llamado a la puerta de la residencia del millonario, alrededor de las doce de la noche, y tan pronto mister Taylor abrió el visitante le había soltado tres tiros con un arma provista de silenciador, ya que su jefe de producción, que estaba trabajando en el despacho de la residencia, no había oído ningún disparo.

Según había declarado después el jefe de producción, llamado Jo Barnet, no había salido en busca del millonario hasta casi diez minutos más tarde, extrañado de tan larga ausencia cuando estaban trabajando en los últimos retoques a un guion que debía ser leído a la mañana siguiente. Ese era también el motivo de su presencia en la casa.

Me pregunté también por qué el capitán no me había hablado de ese testigo. Forzosamente debía haberlo interrogado. No obstante, me había asegurado que no tenía ningún sospechoso.

Dejé los periódicos y seguí pensando en mi excliente. El bastardo de Stevens tendría que pagar lo que había hecho... y yo me encargaría de que así fuera, aunque tuviera que presentarme a declarar ante el tribunal, cosa que era el máximo de sacrificio para un tipo como yo.

CAPÍTULO III

«The Horseshoe» es un local espacioso situado a menos de un bloque de edificios de la central policiaca. Está instalado en un semi sótano y el gran mostrador tiene forma de herradura, y de eso supongo que lo bautizaron con ese nombre.

A cualquier hora del día, pero especialmente desde el atardecer hasta casi el amanecer, la gran masa de clientes se compone de dos especies determinadas: reporteros de sucesos y policías.

Eran algo más de las once de la noche cuando entré, sumergiéndome materialmente en la densa atmósfera de humo de tabaco.

Conocía a casi todos los que estaban allí, de manera que perdí algunos minutos cambiando saludos y comentarios antes de que pudiera localizar al capitán Kellough. Estaba sentado en un rincón, solo y mirando melancólicamente un vaso vacío que tenía ante él.

Levantó la cabeza cuando tomé asiento en la silla vacía, a su lado.

—A juzgar por su aspecto —dije—, no parece que las cosas vayan por buen camino.

—No van de ninguna manera —gruñó.

—¿Qué hay de Mark Stevens?

Sacudió la cabeza con disgusto.

—Nada. El tipo no lo hizo.

No podía creerlo. Mientras asimilaba la noticia, me levanté, fui al mostrador y pedí dos dobles de *whisky*, con los que regresé a la mesa, dejando uno de los vasos frente al policía. El otro lo vacié por completo antes de hablar.

—¿No hay ninguna posibilidad de error? —inquirí entonces.

—En absoluto. Él no lo hizo. Y le juro que me hubiera gustado endosarle el crimen. Es uno de esos fulanos que merecen acabar en la cámara de gas.

—Sí, eso opino yo también. Cuénteme.

—No hay nada que contar. Hice que lo trajeran a la central, a fin de poder ablandarlo más cómodamente... ¡Jesús! Se puso a chillar como una damisela el condenado.

—Este... ¿Lo ablandaron por lo menos?

Bebió un sorbo de *whisky*, me miró de reojo y al fin confesó:

—Un poco solamente.

—¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué no lo sacudieron bien cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo?

—Bueno, llevaba la nariz rota, de manera que su cara semejaba un emplastro con las tiras de cinta adhesiva y demás. Tuvimos que actuar con cuidado o nos habrían cargado esos desperfectos en nuestra cuenta. De todos modos, creo que tardará algunos días en poder valerse de sí mismo para ciertas cosas. Pero él no lo hizo, maldita sea...

—Está bien, pero cuénteme por qué no lo hizo.

—¿Cómo voy a saber yo por qué no lo hizo él? Es un tipo capaz de matar si puede hacerlo sin correr ningún riesgo, de eso estoy seguro. Conozco a esa clase de basura. Pero la noche pasada, desde las nueve hasta las cuatro y media de la madrugada, estuvo en los estudios de la Warner rodando unas escenas como figurante. Hemos hablado con el director de la película en rodaje, con el jefe de producción y el cajero. No hay la menor duda de que estuvo allí.

—Bueno, pudo salir el tiempo suficiente para cometer el crimen y regresar al estudio. Hay tiempo de sobra para hacerlo mientras se prepara el rodaje, se prueban los focos y demás.

—Pero no fue así. Ya le digo que hemos estado indagando con los responsables del rodaje. Están seguros que no abandonó el estudio, entre otras razones porque probaron las luces con Stevens y una chica como «dobles», para aprovechar el tiempo. Y por si quedaba alguna duda, el portero atestigua también que no salió, a menos que saltara las paredes, ya que no pasó por la puerta hasta terminar el trabajo. No, Bearing, el tipo nos ha revolcado sin remedio. De todas formas, le agradezco su ayuda. Pudo haber resultado bien.

—Era demasiado bonito para que fuera cierto —reconocí a regañadientes—. Stevens era el candidato ideal. Tenía los motivos suficientes para haber cometido el crimen, y por si todo eso no bastase, Norma Taylor era quien le proveía de fondos, cosa que iba a terminar desde el momento que el marido lo sabía todo.

—No le dé más vueltas, Bearing —rezongó el policía—. Tendremos que buscar por otro lado.

—He leído en los periódicos que un tal Jo Barnet estaba en la casa de Taylor cuando se cometió el crimen.

—Nada de nada. Llegamos allí unos minutos después. Barnet no lo mató tampoco.

—¿Cómo puede tener esa seguridad?

—¡Oh, diablo! No me acucie, maldita sea. Lo sometimos a la prueba de la parafina y al detector de mentiras. Se prestó para ambos experimentos. Además, no tenía el menor motivo. Mientras Morton Taylor viviese, Barnet tenía asegurada una espléndida posición. Muerto Taylor, la empresa será

vendida y nadie sabe quién se hará cargo de ella ni si continuará con los mismos empleados... No, Jo Barnet ha hecho un mal negocio con este suceso.

—Total, no hay salida —dije.

—No a la vista, por lo menos.

Terminó su bebida y encendió un cigarrillo. Entre la nube de humo, gruñó:

—¿Ha venido solo para enterarse de las novedades?

—Sí. He preguntado por usted en su oficina y me han dicho que había salido. Entonces he apostado conmigo mismo que lo encontraría aquí y... Bueno, así ha sido. Estaba impaciente por saber lo sucedido con Stevens.

—Le dio usted un buen golpe a ese *gigolo*.

—Fueron más de uno.

Miró su reloj y suspiró.

—Tengo que irme —anunció, levantándose—. Ya nos veremos otra vez, Bearing. Yo pagaré mis bebidas.

—Bueno, no pretendía sobornarlo con un *whisky*.

Esbozó una mueca y se fue. Cuando hubo desaparecido me abrí paso hasta el mostrador y encargué otro doble, que bebí encaramado en un taburete.

Pensé en Mark Stevens y mis pensamientos me dieron náuseas. También pensé en Norma Taylor, en su esplendorosa belleza y falta de escrúpulos... o quizá estuviera realmente enamorada del atleta de pacotilla... Me dije que ambos habían tenido una suerte loca al estar fuera de la ciudad aquella condenada noche del crimen, y con infinidad de testigos, además.

De repente, me asaltó la idea de que era mucha suerte, tal vez demasiada, la que les había favorecido tan graciosamente.

Estuve reflexionando un rato sobre eso. Naturalmente, si era cierto que los padres de Norma celebraban sus bodas de oro, la cosa estaba bien. No podía ser un ardid para procurarse una coartada. Y desde el momento que el capitán Kellough aceptaba semejante hecho era indudable que lo había comprobado.

Okey, eso estaba bien. Pero ¿y Stevens?

También él tenía una coartada a prueba de bomba, como había dicho Kellough. Pero también una colección de motivos para matar. Pudo haber alquilado un asesino, aunque tras examinar esta posibilidad llegué a la conclusión de que no era aceptable. Los asesinos a sueldo no se encuentran en las bolsas de trabajo como un fontanero cualquiera. Es preciso estar «relacionado» para saber dónde encontrarlos. Aparte de que pagar a un matarife para liquidar a un hombre como Morton Taylor era muy arriesgado. Se exponía uno a que el criminal, después de cierto tiempo, siguiera exprimiendo el filón, sacándole los cuartos al que lo hubiera

alquilado.

No. Decididamente, no era un crimen de este tipo.

Pedí otro trago mientras continuaba buceando en el problema. Naturalmente, era un asunto puramente policíaco en el que no podía meterme. Sin embargo, Morton Taylor me había recompensado por mi trabajo con una cantidad que no pude ni soñar antes de cobrarla. Me había parecido un tipo decente, a pesar de su aspecto y sus millones.

De pronto, me encontré pensando que me gustaría tener unas palabras con Mark Stevens. Sería interesante saber cuándo le habían ofrecido el trabajo que estaba haciendo la noche que mataron a mi excliente.

¿Qué nombre había pronunciado este cuando habló por teléfono? McKinley o algo semejante...

Salté del taburete y atravesé los corrillos de vociferantes reporteros hasta una cabina telefónica, donde me encerré para dejar de oír el parloteo. La guía telefónica me aclaró que un tal Elmer McKinley era representante de estrellas cinematográficas. Anoté el número de su teléfono y la dirección de la oficina, pero nada de eso me servía a semejantes horas de la noche, de manera que dejé el «Yellow Pages» a un lado y tomé la guía de nombres, donde pude localizar el mismo Elmer McKinley y su dirección particular.

Lo llamé sin perder tiempo, pero tuve que aguardar sus buenos cinco minutos antes no descolgaron al otro lado. Era una voz de mujer, gruñona y malhumorada, la que habló.

—Quiero hablar con míster McKinley —dije cuando los gruñidos cesaron de martirizar mi oído.

—Yo también —refunfuñó la dama—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Walter Bearing. Se trata de un asunto urgente.

—No hay ningún asunto lo bastante urgente para arrancar a Elmer de su partida de los jueves.

Eso me aclaró el motivo de su malhumor.

—¿Dónde está jugando? —indagué—. Puedo ir a verlo allí.

—Le mandará al diablo.

—Correré el riesgo, señora.

—Está bien, vaya a casa de Salsbury. Si no ha perdido demasiado dinero es posible que quiera escucharlo a usted.

—Un minuto, señora. ¿Dónde está la casa de Salsbury?

—Creí que era usted uno de la pandilla... Ludlow Street, cuatro, seis, cero, dos... Y ahora, déjeme dormir, si es posible.

Colgó sin aguardar a que le diera las gracias.

Anoté las nuevas señas, y después de pagar lo que debía, salí a la calle preguntándome si no estaría haciendo el tonto.

Mi viejo «Oldsmobile» me llevó a regañadientes hasta Ludlow Street. El pobre estaba pidiendo el retiro a voces, pero yo llevaba mucho tiempo

haciéndome el sordo.

El número 4602 resultó un bungalow de reciente construcción en un barrio tan reciente como la casa. Había luz en casi todas sus ventanas y un viejo farol de gas, modernizado con la electricidad, decoraba la entrada del reducido jardín.

Frente a la valla de madera que parecía de juguete estaban aparcados cuatro o cinco coches, entre ellos uno europeo, deportivo y pintado de rojo. Vi que era un «M. G.», último modelo, justo el coche que me hubiera gustado tener si yo fuese un tipo aficionado a vivir de ilusiones.

Atravesé el jardincillo y llamé al timbre. Casi al instante se abrió la puerta, y cuando me disponía a preguntar por McKinley mi garganta hizo un ruido raro y quedé con la boca abierta como un bobo sin pronunciar una palabra.

Ella me miró interrogativamente. Sostenía un vaso descomunal en su mano como si no supiera qué hacer con él. Era casi tan alta como yo sobre sus tacones de cuatro o cinco pulgadas. Pero encima de esos tacones había el cuerpo más estatuario, impresionante y provocativo que yo recordaba haber visto en todos los días de mi ajetreada vida.

Su rostro podía hacerle pensar a uno en un ángel o un diablo, pero en todo caso en un diablo travieso y juguetón, cargado de picardía y gramática parda, con unos ojos profundos y dulces como un lago en primavera, y unos labios gordezuelos y sensuales, y...

Sacudí la cabeza para convencerme de que realmente estaba viendo una mujer semejante. No soñaba, porque la visión suspiró.

—Cuando le pase el susto trate de cerrar la boca, compañero.

—Espere. Uno necesita cierto tiempo.

—Entre. ¿Es usted amigo de Terry?

—No sé quién es ese caballero, pero si él es amigo de usted, será mi peor enemigo. ¿Cómo se llama?

—Terry Salisbury.

—¡Oh, al diablo con él! Le pregunto cómo se llama usted.

Cerró la puerta detrás de mí. La recorrí con la mirada, que es lo único que podía acercar a su maravilloso cuerpo. Mientras se volvía de nuevo hacia mí, murmuró:

—Llámeme Kay. Eso es suficiente.

—Bueno.

—¿Viene a jugarse las pestañas usted también?

—No. Tengo ideas personales respecto a la manera de tirar mi dinero. ¿Juega usted, acaso?

—Algunas veces, aunque no a las cartas.

Se apartó de mí y me dejó cavilando sobre la clase de juegos que le gustarían a una dama semejante.

La seguí, maravillándome del portentoso equilibrio de sus

movimientos. Así entramos en una salita en la que cinco hombres estaban sentados alrededor de una mesa de juego. Había un silencio completo allí dentro, y ni siquiera el humo de los cigarrillos parecía tener movimiento, suspendido en la quieta atmósfera.

La muchacha se detuvo junto al grupo y preguntó:

—¿Alguno conoce a este ejemplar?

Los cinco me miraron un instante, pero no me prestaron más atención que a un mueble. Alguno se dignó gruñir:

—No lo he visto en mi vida.

Kay insistió:

—¿Qué hago, Terry, lo dejo aquí o prefieres echarlo?

Un tipo de unos treinta y cinco años, alto y delgado, con la cara muy pálida, esbozó un ademán con la mano que no sostenía las cartas, y refunfuñó:

—Cúidalo y trata de saber qué demonios quiere, pero impide que estorbe, querida.

—Ya lo ha oído —sonrió la chica—. Venga y me cuidaré de usted... A propósito, ¿es suyo lo que lleva bajo la chaqueta o se lo debe a su sastre?

La seguí hasta un rincón, un poco desconcertado.

—No puedo permitirme el lujo de tener sastre. Compró los trajes en una tienda.

—Entonces es suyo, lo que me hace suponer que no es usted de los nuestros.

Contuve mis deseos de averiguar quiénes eran los suyos. Solo aclaré:

—En mis tiempos me dedique al boxeo.

—Ya veo... ¿Whisky?

—Si lo pone usted en un vaso como ese que pasea, sí.

Me miró recto a la cara, sonriendo. Sus dientes brillaban entre el rojo vivo de los labios. Comencé a preguntarme si al besarla apasionadamente se llegaría a ellos.

Cuando me entregó el vaso, dudé entre beberme su contenido o zambullirme en él.

La muchacha dijo:

—Supongo que anda buscando algo. ¿Qué es?

—Se llama Elmer McKinley.

—¡Oh, el bueno de Elmer! No pretenderá usted pedirle una oportunidad en el cine a estas horas, y teniendo las cartas en la mano.

—Nada de eso. ¿Quién de todos ellos es?

—El de los cabellos grises en las sienes. Sospecho que se los tiñe porque alguien le dijo una vez que se parece al guapo Granger.

Miré a mi hombre. Era un buen tipo, aunque empezaba a estar demasiado gordo. Tenía la mirada clavada en sus naipes y ni siquiera parpadeaba.

—¿Pierde o gana? —susurré.

Ella abandonó su mano sobre mi brazo. Incluso a través de la manga del traje noté como una descarga eléctrica.

—Cuando lo vea convertido en piedra como ahora, es que gana —explicó—. Si pierde se agita tanto que da la impresión de estar sentado sobre el lomo de un erizo.

—Eso me conviene. Y usted, ¿qué papel representa aquí?

—Bueno, he venido acompañando a Bob, ese del pelo revuelto. La idea era tomar unas copas y largarnos después al «Mocambo», pero los planes se han hundido en cuanto ha visto los naipes. Ahora me utilizan como mayordomo. ¿Otro trago?

—Espere a que termine este.

Lo apuré, preguntándome si cuando apartase los labios del vaso caería al suelo fulminado. Pero resistí, de manera que le devolví aquella especie de barril y ella procedió a escanciar nuevamente otra ración como la anterior. Se notaba que no pagaba ella las bebidas.

Tras esto me llevó hasta un sofá que ocupaba un ángulo del salón y nos sentamos allí como viejos camaradas.

—Todavía no me ha dicho su nombre —me recordó.

—¡Oh, es cierto! Walter... Walter Bearing.

—¿Está metido en negocios de cine?

—No.

Esperó durante unos segundos, pero al ver que no añadía nada más, se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. La imité y busqué los cigarrillos.

Cuando los hubimos encendido, Kay insistió:

—Bueno, ¿qué es lo que hace, si no anda en el cine?

—Soy investigador privado.

Irguió la cabeza y sus grandes ojos se clavaron en mí con evidente reproche.

—¡No! —exclamó—. Uno de esos fisgones que andan mirando por el ojo de la cerradura.

—No siempre; solo cuando al otro lado de la puerta hay una mujer como usted.

—Mire, creo que Terry lo echará si se entera. Ya tuvo ciertas dificultades con los tipos como usted, cuando las revistas de escándalo armaron todo aquel alboroto alrededor de la gente del cine.

Me encogí de hombros y continué bebiendo. Por lo menos, eso no me lo quitaba nadie.

Después de un corto silencio, ella murmuró:

—¿Es que Elmer se ha metido en algún lío?

—Que yo sepa, no. Solo quiero hacerle un par de preguntas respecto a uno de sus representados.

—¡Oh! ¿Puedo saber quién es el que le interesa?

—Se llama Mark Stevens.

—¡Uhú!

—¿Qué quiere significar con esa especie de balido?

—¿No huele usted a cerdo cuando pronuncia ese nombre?

Sentí deseos de abrazarla solo por esas palabras.

Me contuve a duras penas y bebí un largo trago. Quedó suficiente para emborracharme todavía, de manera que dejé el vaso sobre la cercana mesita y me volví hacia ella.

—También en eso coincidimos usted y yo —dije—. A los dos nos repugna el mismo Stevens si no me equivoco. Un poco más y creeré que hemos nacido el uno para el otro.

—Tal vez. Lástima que sea usted uno de esos fisgones.

—Eso podría arreglarse —dije, sin dejar de mirarla.

—¿Sí?

Aguantó mi escrutinio sin parpadear, casi desafiándome. Algo sucedió en mi camisa, puesto que el cuello pareció encoger un par de números.

—Si una lo examina a usted de cerca, Walter, no está del todo mal.

—Puede usted examinarme hasta el dentado si quiere.

—Es una idea.

Se inclinó y me besó. Así de sencillo.

Bueno; no fue un gran beso después de todo. Solo penetró dentro de mí, ardiendo como el infierno, y estalló en alguna parte igual que un trueno, mientras el mundo parecía estremecerse. O tal vez fuera yo quien sentía aquellos escalofríos a lo largo de la espina dorsal.

Excepto eso, no perdí el conocimiento, ni me levanté del diván chillando como un piel roja ni siquiera me caí de espaldas.

Cuando su boca me dejó en libertad no sonreía en absoluto, pero en sus profundos ojos había un brillo ardiente que antes no estaba allí.

Volví un instante la cabeza. Ninguno de los jugadores había advertido lo sucedido.

Ella murmuró:

—No ha estado nada mal por ser la primera vez...

—Podemos mejorarlo mucho. Es solo cuestión de práctica.

Sonrió.

—Usted me gusta —afirmó—. A pesar de su sucio trabajo, no está sofisticado.

—Bueno.

Cogí el vaso y lo vacié con solo dos tragos. El alcohol no me produjo el impacto que había notado en el beso.

La vi cómo se recostaba en el diván, apoyando la cabeza en el respaldo abandonándose. Cerró los ojos. Viéndola en esa actitud, después de lo sucedido, uno podía cometer un atentado y tendría todas las atenuantes de la provocación.

Me contuve heroicamente. Me levanté y fui a llenar os vasos para huir del peligro...

CAPÍTULO IV

Cuando regresé junto a ella seguía con los ojos cerrados, pero tan pronto me hube sentado murmuró:

—¿Por qué no me sacas de aquí, Walter?

—Opino que tu Bob tendría algo que oponer a eso.

Parpadeó y me dirigió una mirada fugaz. Luego volvió a cerrar los ojos y explicó:

—Bob es un buen chico. Mientras tenga las cartas al alcance de la mano no se preocupará de mí.

—¿Qué es él para ti?

—Un amigo, aunque a veces lo olvida y pretende casarse conmigo. En esas ocasiones se muestra un tanto desagradable, pero le pasa pronto.

Imaginé que todo aquello sería la manera de vivir de una clase de gente casi desconocida para mí. En lugar de responder me ocupé de mi vaso y eché un vistazo a los jugadores. Seguían abstraídos, ajenos al mundo que les rodeaba. Me pregunté cuánto tiempo duraría aquello.

Como si pudiera adivinar mis pensamientos, Kay murmuró:

—Estos no recobrarán la cordura hasta el amanecer. ¿Qué te parecería el *Mocambo*?

Seguí bebiendo sin hablar. No había duda de que ella podría ser la colaboradora con la que había estado soñando para hacer honor a los tres mil dólares. No obstante, no estaba seguro de la clase de mujer que podía resultar una vez fuera de aquella casa. Tampoco sabía quién era ni qué papel desempeñaba en Hollywood. Porque, y de eso sí estaba totalmente seguro, ella pertenecía al gran mundo. No había más que ver su aplomo, la estudiada sencillez de su atuendo, tan sencillo en apariencia que delataba la mano de un artífice del diseño...

—¿No me respondes, querido? —suspiró, abriendo los ojos y fijándolos en mi cara como si viera algo realmente interesante.

—Quiero hablar con McKinley —dije con voz ronca.

—Olvidalo. No lo conseguirás esta noche. Por lo menos, no podrás hacerlo hasta que termine de jugar...

—Esperaré.

—¿Es tan importante lo que tienes que indagar respecto a Stevens?

—Para mí, sí.

Suspiró largamente. Pareció descubrir entonces el gran vaso que yo le había preparado y lo tomó, mirándolo con ciertas dudas.

—No está envenenado —dije.

—¡Oh, al diablo! Me preguntaba si podría resistirlo. Cuando bebo demasiado me vuelvo loca.

Eso me pareció muy bien, mientras yo estuviese lo bastante cerca para verlo. No obstante no dije una palabra. Hubiera sido ir demasiado lejos.

Se decidió a beber, y puesta a hacerlo se aseguró de que el contenido descendiera lo bastante como para dejar el vaso exhausto.

Cerró un instante los párpados, mientras el licor hacía su obra destructora. Después parpadeó y susurró acusadoramente:

—¿Qué diablos le has puesto, amor?

—Pregunta lo que he dejado de ponerle, niña. Era puro.

—¡Oh!

—Si te sirve de consuelo, el mío era exactamente igual.

Sacudió la cabeza.

—Arde como un incendio —suspiró—; pero me gusta arder de vez en cuando.

—Yo apagaré el incendio... si se produce.

—¿Qué hay de largarnos, querido?

—Mira, encanto; he venido para hacer un par de preguntas a McKinley y no me iré sin hacérselas. Reconozco que es más seductora tu charla que la de ese fulano, pero en ciertos casos... tú comprendes.

—Estoy perdiendo la confianza en mi *sex-appeal* —se lamentó, con exagerada amargura—. Bob prefiere los naipes a mí. Y tú no pareces impresionarle demasiado por mis encantos.

—Te sorprendería saber cuán impresionado estoy. Cuando salgamos de aquí podré demostrártelo... si salimos esta noche.

—Me gustaría creerte... Está bien —dijo resueltamente—. Voy a arriesgarme solo para sacarte de este antro...

Bebió un pequeño sorbo de su *whisky*, se levantó y con andar inseguro se acercó a donde estaban los licores. La vi como mezclaba varios vasos, cinco exactamente. A mi juicio, los cargó más de lo conveniente, pero como no eran para mí no me preocupé.

Hecho esto, sacó una bandeja, cargó en ella las bebidas y se dirigió graciosamente hacia la mesa donde los cinco pájaros seguían en sus trece de jugarse hasta las pestañas.

Aguardó a que terminase la mano y entonces colocó la bandeja en medio del tapete verde, diciendo con resolución:

—Se suspende el juego el tiempo necesario de reponer energías, muchachos. Órdenes del médico.

No les gustó mucho la interrupción, pero dejaron las cartas y tomaron los vasos. Ella añadió:

—Mi protegido quiere hablar un instante contigo, Elmer.

Mi hombre volvió la cabeza para mirarme. Arrugó el entrecejo.

—No lo conozco —gruñó.

—Te gustará conocerlo, Elmer —rio la muchacha—. Levántate un minuto. Eso es todo lo que desea.

Elmer McKinley engulló todo el contenido de su vaso. Noté el impacto que le causaba aquella carga de dinamita, pero cuando el estallido pasó apartó la silla y vino hacia mí con pasos torpes.

—¿Qué demonios le pasa a usted, compañero? —refunfuñó.

—Usted representa a un tipo llamado Mark Stevens —dije.

—Sí. ¿Y qué con eso? Los tengo peores en mi fichero.

—Lo dudo. ¿Fue usted quien le proporcionó el trabajo en los Estudios de la Warner la otra noche?

—Naturalmente. ¿Por qué?

—Solo quiero saber cuándo le proporcionó ese trabajo... Mejor dicho: cuándo le informó a él que podría hacerlo.

No ocultó su extrañeza, pero yo no añadí nada más y aguardé.

—No me explico su interés por una tontería como esta —masculló, dirigiendo una mirada impaciente a la mesa de juego.

—Si quiere escuchar toda la historia se la contaré una vez haya respondido a mi pregunta.

—¡Diablos, no quiero historias cuando tengo una partida en marcha! Hace tres días que le di el volante para ese trabajo.

—Tres días... dos antes de la noche en que actuó...

—Eso es.

—¿Le pidió él algún trabajo para esa noche precisamente?

—No... Me pidió cualquier trabajo cuanto antes. Estaba sin fondos, usted comprende. Pero tenía la cara hecha un mapa, con la nariz rota o algo así. Tuvo suerte de que necesitaban un tipo que en el film debía encarnar a un boxeador del montón al que acaban de dar una paliza y lo coloqué a él. Eso fue todo.

—Okey, eso es todo. Lamento haberlo molestado, pero debía saber eso esta noche.

—¿Hay algo que va mal?

—No. Supongo que Morton Taylor no le habló a usted respecto a Stevens...

Eso tuvo la virtud de interesarle de golpe.

—¿Morton? Oiga, ¿es usted policía?

—Poco más o menos. ¿Le habló él, sí o no?

—Me llamó por teléfono la noche antes de su muerte.

Agucé el oído. Después de todo, tal vez pudiera averiguar algo que a Kellough no se le hubiera ocurrido jamás preguntar.

—Cuénteme eso, por favor.

Volvió a mirar hacia sus compañeros, impaciente. Afortunadamente, ellos estaban con los vasos en la mano y conversaban alegremente con

Kay.

Eso pareció decidirle.

—Tan solo me preguntó si Stevens figuraba en mis listas y le dije que sí, claro. Entonces habló de que tenía interés en verme, asegurándome que iba a utilizar tantos representados míos que me asustaría. Pero al final indicó que me impondría una condición.

—¿Le dijo cuál iba a ser esa condición?

—No... quedamos en vernos personalmente, para lo cual Morton decidió que me llamaría nuevamente para fijar la cita. Ya no he vuelto a oír su voz.

—Comprendo. ¿Sabe usted qué condición iba a imponerle?

—Ni idea.

—Condenar a Stevens al ostracismo, dejarlo sin el menor trabajo; en una palabra: hundirlo por completo.

—Ya veo...

—¿Hubiera podido hacerlo?

—¿Morton? Naturalmente. Era un hombre poderoso e influyente. En realidad, eso lo puede hacer cualquiera que esté bien situado en Hollywood —afirmó con voz seca. Y añadió—: Yo mismo lo hice una vez.

—¿Usted?

—Sí. El fulano no ha vuelto a pisar un estudio desde entonces. Ni siquiera de visita lo hubieran admitido. Pero se lo había ganado, así que no me remuerde la conciencia. Creo que trabaja de mozo en un restaurante de mala muerte.

—Bien, le agradezco su colaboración... puede volver a la mesa si quiere.

Ni perdió tiempo en despedirse. Giró sobre sus talones y volvió a ocupar su lugar. Los demás dejaron los vasos y un minuto más tarde se habían enfrascado de nuevo en el juego con tanta seriedad como si estuvieran resolviendo los problemas del mundo.

Kay fue a dejar la bandeja y los vasos vacíos. Después vino hacia mí.

—¿Y bien? —inquirió, colgándose de mi brazo.

Su voz era un tono más baja que antes y el brillo de sus ojos se había agudizado.

—Ahora te pertenezco —dije—. Puedes hacer de mí lo que quieras, excepto llevarme al *Mocambo*.

—¿Por qué no? Me encanta cenar allí... y bailar.

—No lo dudo. Pero no llevo bastante dinero encima para una cosa así, y no me aceptarían un cheque ni pidiéndolo de rodillas.

—¡Oh eso! Yo tengo dinero, tonto.

—He dicho que podías hacer de mí lo que se te antoje, pero no comprarme, pequeña. De momento, larguémonos de este funeral. Ya decidiremos el plan sobre la marcha.

Salimos de la casa sin que ninguno de los cinco puntos nos prestara la menor atención.

Fuera, el aire cálido de la noche nos envolvió, trayéndonos la fragancia de todos los jardines de la vecindad. Kay se detuvo y me pidió un cigarrillo.

—¿No es una noche deliciosa? —susurró.

—Sí...

Encendimos los pitillos. Ella volvió a apoyarse en mí y el duro contacto de su cuerpo aumentó el encanto de la noche.

—¿Quién debe ser ese tipo? —murmuró de repente.

Descubrí al hombre al otro lado de la pequeña valla. Estaba quieto, entre las sombras, mirando hacia las luces que se desparramaban por las ventanas. No me gustó su actitud porque daba la sensación de estar al acecho, espiando algo o a alguien...

—No lo sé, pero sea quien sea no debe abrigar buenas intenciones —dije entre dientes—. Trata de pasar inadvertido. Vamos.

Reanudamos la marcha hacia la salida. El tipo retrocedió un par de pasos, para ocultarse mejor en las sombras que proyectaban sobre la acera los árboles del jardín vecino.

—Espera un momento, Kay.

No le di oportunidad de protestar. Cambié de rumbo, separándome de ella, y me acerqué al desconocido con un par de largas zancadas.

Lo vi vacilar y mirar a su alrededor, como si se dispusiera a salir disparado. Pero conseguí llegar junto a él antes que hubiera reaccionado.

—Muy bien, compañero —mascullé amenazadoramente—. Veamos tus papeles.

—¿Cómo?

Hundí la mano en el vacío bolsillo de mi chaqueta.

—Tienes un «38» apuntando a la barriga —mentí descaradamente, moviendo levemente la mano dentro del bolsillo—. Así que tú verás qué te conviene. Los papeles, pronto.

Barbotó un juramento e hizo ademán de sacar los documentos.

Moví de nuevo la mano invisible y solo advertí:

—¡Cuidado lo que sacas!

Me mostró una cartera y se la arrebaté de las manos. Pude leer en los datos de su documentación retirándome unos pasos. El tipo se llamaba Eddie Ross, vivía en Zeno Place, 28 y tenía treinta y un años.

Le devolví los documentos y traté de verle la cara. Había tan poca luz que apenas lo conseguí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —interrogué secamente.

—Nada. He salido a dar un paseo y estaba descansando cuando usted me ha sorprendido.

—Ni tú mismo serías capaz de creer un cuento como este. Te he visto

espírase esa casa. ¿Qué andas buscando, asaltarla?

—¡Oiga, no soy ningún ladrón! —protestó.

—Largo de aquí, fisgón.

No esperó que repitiera la orden. Se alejó como si le persiguiera el mismo diablo.

Kay se colocó a mi lado y otra vez sus dedos cosquillearon mi brazo.

—¿Quién era? —quiso saber.

—Supongo que un ratero. Debía estar estudiando el terreno para entrar en casa de tu amigo Terry a la primera oportunidad. ¿Has decidido dónde piensas ir a bailar?

—No.

La llevé hacia mi coche, pero ella me hizo variar de rumbo.

—Iremos en el mío —dijo.

—¿No te había traído un fulano llamado Bob?

—¡Oh, sí! Pero en mi auto.

Resultó que su cacharro era el M. G. encarnado que había llamado mi atención. Me gustó embarcarme en semejante bólido, sobre todo cuando ella quiso que me colocase ante el volante. No obstante, protesté:

—El mío quedará abandonado...

—En esta calle no colocan boletos de multa por estacionamiento prolongado. Vamos, empiezo a creer que no puedo dominarte un minuto seguido. Eso es algo que no me había sucedido nunca.

Aparté el bólido de la acera y pisé un poco el acelerador. Salió como un cohete con tal ímpetu que por poco me arrancó la cabeza.

—¿No has manejado nunca un coche deportivo? —me reprochó Kay.

—Llevo cuatro años con un *Olds* que compré de segunda mano, amor. Eso te dirá cómo están mis finanzas.

—¡Pobrecillo! Pero ten cuidado con este...

Era pura delicia manejar el pequeño M. G. Obedecía sin esfuerzo a cualquier velocidad, y pude comprobar que esta era tremenda cuando lo lancé por Cahuenga Boulevard, rumbo al sur. Los demás vehículos que adelantábamos parecían estar parados sobre el firme.

Llegamos al centro como en un sueño. Lo advertí cuando vi brillar frente a nosotros el rótulo luminoso de los estudios M. B. S. Entonces Kay rompió su mutismo.

—Si ya te has divertido bastante peleándote con el acelerador —dijo suavemente—, dobla a la derecha, por Fountain Avenue, y sigue recto hasta el cruce con Sunset...

Supuse que había decidido el plan para la noche y obedecí. En Sunset siguió dándome indicaciones y pronto vi que nos metíamos en Beverly Hills y sus tortuosas avenidas.

—Que yo sepa, no hay locales nocturnos por esta vecindad —dije, al ver cómo nos encaramábamos por la colina.

—Yo no he dicho que los haya... Ahí delante, tuerce a la izquierda, pero ten cuidado, hay una pendiente muy pronunciada tras la curva.

Reduje la velocidad, y cuando el auto se deslizaba por la pendiente comenté:

—Conoces muy bien estos parajes, niña...

—Puedes parar ahí, a la derecha... Naturalmente —dijo en respuesta a mi comentario—. Vivo aquí.

Casi perdí el control del coche. Lo llevé hasta donde me había indicado, cerré el contacto y giré en el asiento para poder verla bien.

—Creo que estoy corriendo demasiados riesgos contigo —opiné con voz suave—. ¿No habrá un marido recalcitrante y cargado de millones detrás de esta verja?

Sacudió la cabeza.

—¿Te asustarías si fuera así?

—No.

—Ya lo imaginaba. No hay ningún marido, amor. La casa pertenece a papá, pero casi nunca está aquí.

—Lo cual es una suerte.

Saltamos fuera del coche, ella abrió la verja y me encontré en un espeso jardín poblado de árboles inmensos.

La casa era exactamente como cabe imaginar en un lugar que sirve de residencia a millonarios de todo el país, aunque no perdí tiempo examinando los detalles, porque ella abrió la puerta y me condujo hacia una sala de estar cómoda y fresca.

—¿Puedes decirme, cómo se consigue una casa como esta sin asaltar un banco, amor? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—¿No hueles a petróleo, Walter?

—Ya veo... pozos de petróleo y todo eso. Bueno...

—Hay algunos negocios más por en medio, pero los pozos son la principal fuente de ingresos.

—Creo que tendré que variar mi punto de vista respecto a la soltería... Eres un buen partido, niña.

—Lo mismo piensa Bob.

—No me recuerdes a mis rivales. ¿Qué te parece si practicamos un poco el ejercicio que hemos iniciado en casa de tus amigos?

—¿Para qué crees que te he traído aquí?

Vino hacia mí y yo hacia ella. No fue un choque muy violento, si uno tenía en cuenta lo que podía haber sido.

Pero practicamos largamente, que era lo que interesaba demostrar. Ambos éramos alumnos sumamente aplicados.

CAPÍTULO V

Casi amanecía cuando un taxi me dejó al lado de mi viejo *Olds*. Pude ver que las luces seguían encendidas en el bungalow de Jerry Salisbury, lo cual indicaba que la enconada partida continuaba. ¡Vaya una gente!

Conduje despacio rumbo a mi apartamento. Tenía muchas cosas en qué pensar antes de dormirme, pero por encima de ellas campeaba victoriosamente la imagen de Kay y sus besos, su despreocupada manera de vivir y el apasionamiento de que me había dado muestras. Lástima que poseyera tanto dinero, de lo contrario hubiera podido ser una aventura interminable para mí, capaz de dar un vuelco a mi modo de vida.

La fea claridad de la primera hora del día alumbraba ya cuando estacioné el coche cerca de mi refugio. Eran unas condenadas horas de acostarse, pero afortunadamente no tenía un horario fijo que cumplir, de manera que cuando me metí en la cama lo hice jurándome a mí mismo que no saldría de ella hasta la tarde como mínimo.

Sin embargo, alguien tuvo otra idea, porque el teléfono comenzó a escandalizar, rompiéndome el sueño, taladrando mis oídos y haciendo que el despertar fuera mucho más amargo de lo que había supuesto.

Descolgué el aparato de un manotazo y aullé un juramento por el auricular. La voz del capitán Kellough luchó por sobresalir, y cuando lo consiguió dijo:

—¿Qué demonios le pasa a usted, Bearing? Son más de las dos de la tarde. ¿Estaba durmiendo todavía?

—Y a no ser por usted continuaría igual. ¿Qué quiere?

—Está bien, solo quería decirle que la señora Taylor ha regresado. Se marchó después del sepelio...

—¿Y eso es todo? No me importa un bledo lo que...

—Eche el freno, bocazas. Tengo entendido que piensa presentar una demanda contra usted, Bearing.

—¿Qué?

—Ya sabía que eso le interesaría. ¿Cómo dio usted su informe a míster Taylor?

—Verbalmente, en mi oficina.

—¿No le mandó un adelanto escrito a su despacho?

Pegué un brinco en la cama.

—¡Sí, maldita sea! Un resumen en el que le exponía mis andanzas de los primeros cinco días.

—Ahí lo tiene.

—Bueno, no veo que eso le sirva a esa dama para demandarme. No hay nada comprometedor en él.

—Ahí está lo malo para usted. Ella alegará que le sacó tres mil dólares al viejo a cambio de ese informe insulso y sin valor. Tres mil dólares por cinco días de trabajo, me parece una tarifa abusiva, detective.

—¡No le pedí esa cantidad! —exclamé—. Le cobré los diez días de trabajo que realicé por él, incluyendo los gastos. Pero el hombre quedó satisfecho de la manera como había actuado y quiso recompensarme. Creo que le gustó mi forma de tratar al bastardo de Stevens.

—Ahora tendrá ocasión de explicar todo eso.

—¿Cómo diablos se ha enterado usted?

—Porque su resumen se encontraba entre los papeles que estábamos revisando nosotros. Para que se lo devolviéramos ha tenido que explicarnos la razón de su interés.

—Ya veo... Lo habrá entregado a su abogado.

—Eso creo.

—Bueno, gracias por avisarme, Kellough.

—Ha sido en correspondencia a su colaboración.

—Hablando de colaboración —dije entonces—. Stevens pidió con urgencia un trabajo a su representante, cualquier cosa que saliera alegando que estaba sin un centavo.

—¿Qué hay de raro en eso?

—Que poco antes le había sacado a la señora Taylor cerca de dos mil dólares. Lo comprobé.

—Un tipo aprovechado...

—¿Por qué tenía tanto interés en que le dieran un trabajo si tenía ese dinero? Cualquiera pensaría que estaba buscando la manera de prepararse una coartada, ¿no le parece?

—Eso es agarrar el asunto por los pelos, Bearing.

—Me limito a decírselo, capitán. Lo averigüé anoche.

—Le llevó mucho tiempo enterarse de eso. ¿A qué hora se acostó?

—Al amanecer.

—¡Caray! ¿Qué estuvo haciendo hasta esas horas?

—Practicando.

—¿Cómo?

—Eso: practicando, Kellough. Llámeme si se entera de algo más.

Colgué y me di cuenta que no quedaba en mí el menor vestigio de sueño. La noticia me había espabilado de golpe y porrazo.

Mientras me vestía estuve dándole vueltas al problema y llegué a la conclusión de que no iba a dejarme timar ni un centavo. Si querían jaleo lo tendrían en toda la línea.

Supuse que el motivo por el cual Norma Taylor se aprestaba a

demandarme no era otro que vengarse de mí por haber puesto al descubierto su *affaire* con Stevens. Muerto el marido, ya no le importaba que la cosa se supiera. Ahora ya tenía asegurada la herencia.

Pasé una mañana de perros en la oficina. Como no tuve ni una visita, no pude dejar de pensar en la amenaza que aquella linda zorra representaba con su maldita demanda.

No obstante, el golpe no me cayó encima hasta el día siguiente, a última hora de la tarde.

Contesté al teléfono, y alguien que dijo llamarse Jerome Harrison, abogado, me citó para tratar de un asunto de interés para mí.

Empezaba el jaleo.

—No creo que tenga nada que tratar con usted —dije de mal talante—. Imagino de qué se trata, de manera que si quiere discutirlo conmigo, tendrá que ser delante de sus clientes.

—No tengo más que una diente —me rectificó.

—Yo sé que son dos, él y ella. Cítelos y nos reuniremos. Hasta que eso ocurra, no vuelva a molestarme o lo mandaré al diablo.

Colgué.

Estaba seguro que esa actitud le daría algo que pensar al picapleitos. No podía ser tan tonto que no olera la tostada.

Abandoné el despacho para evitar que volviera a ponerse en contacto conmigo. Como no tenía ningún lugar determinado adonde ir, tomé el rumbo de «La Herradura», deseando encontrarme entre los vocingleros periodistas y policías que lo llenaban.

Bebí un par de tragos antes de que el capitán Kellough se instalara a mi lado.

—Aunque estoy de servicio —gruñó—, voy a tomarme una cerveza.

—¿Cómo marcha el caso?

—No marcha de ninguna manera. Voy a estrellarme con él, Bearing. Y un fracaso a mi edad no es recomendable... con vistas al retiro, claro.

—No se desanime. ¿Por qué no toma un par de esos?

Le señalé el *whisky*, pero sacudió la cabeza y se conformó con la cerveza.

Le hablé de mi apuro y casi se rio. La cosa, desde su punto de vista, era divertida.

Estaba a punto de regresar a su oficina, cuando entró un guardia precipitadamente y se acercó a él. Habló en voz baja, pero capté lo que dijo.

—Una llamada urgente, capitán. Asesinato, según parece.

Kellough saltó del taburete y miró a su alrededor, temeroso de que algún reportero lo hubiera oído.

—Está bien, ahora voy. No hable con nadie, agente.

Lo seguí a la calle. Allí rezongó:

—Uno detrás de otro, ¿se da cuenta? Es un trabajo perro el mío.

El guardia estaba esperándole y añadió cuando llegamos a su lado:

—Ha llamado un coche patrulla. Parece que a ellos les han avisado los empleados de una oficina. Han dado el nombre de la víctima, un tal McKinley...

Me quedé clavado en la acera, mientras ellos dos atravesaban la calzada apresuradamente.

¡McKinley asesinado! ¿Sería el mismo que...?

Eché a correr y los alcancé cuando entraban en el edificio policíaco.

—Aguarde un minuto, capitán —exclamé—. El representante de Stevens se llama Elmer McKinley.

Me miró, estupefacto. Luego se volvió al policía de uniforme.

—¿Qué dirección han dado?

Consultó un papel y leyó las señas. Revolví en mis bolsillos hasta que encontré lo que yo había anotado la noche anterior. Las señas eran las de la oficina del agente artístico.

Le mostré el papel a Kellough, que no pudo ahogar un juramento.

—Venga conmigo —gruñó—. Quizá me sirva usted de algo.

La sirena nos abrió paso por las atestadas calles. El capitán refunfuñó:

—Como los dos crímenes tengan alguna relación, Bearing, estoy metido en un buen lío.

—A menos que aquí encuentre alguna pista...

—Ya veremos.

Pero no había pistas.

La oficina estaba invadida por los patrulleros, que a duras penas podían mantener a raya la multitud de empleados de otros despachos, amontonados ante la puerta.

Dentro, una asustada muchacha de unos veinte años miraba a todas partes con ojos desorbitados, sentada ante una máquina de escribir.

Kellough se hizo cargo de la situación en unos segundos. Su vozarrón hizo retemblar las paredes y los curiosos desaparecieron. Después se encaró con los patrulleros, quienes le dieron una rápida versión de lo sucedido.

—El despacho privado de la víctima —explicó uno de ellos, con voz monótona—, tiene dos puertas, esa que ve usted ahí y otra que comunica directamente con el pasillo de servicio. El asesino ha abierto esa puerta, o ha llamado a ella, y tan pronto ha tenido a míster McKinley ante su arma le ha disparado dos veces, matándolo en el acto.

—¿Quién ha oído los tiros?

—Nadie —aseguró el patrullero—. Debe haber empleado silenciador. Lo que ha alarmado a la secretaria ha sido el golpe del cuerpo al caer al suelo. Entonces ha llamado a la puerta, y al no obtener respuesta ha entrado y... Bien, se ha puesto a chillar, alborotando a todo el edificio.

—Bien, escríbame todo esto con detalle. Yo me encargo del asunto desde ahora.

Contemplé cómo los expertos del Departamento se ponían a trabajar. Por su parte, Kellough se encaró con la secretaria, que no era otra que la asustada muchacha que seguía acurrucada en su sitio, y por lo que oí, no le aclaró nada que no hubiera dicho ya el patrullero.

Cuando acabó de contar lo sucedido pareció calmarse un poco. El policía lo aprovechó para hacerle otra clase de preguntas.

—¿Qué clase de relaciones había entre su jefe y Mark Stevens? Usted debe saber quién es Stevens.

—Sí, claro. Míster McKinley lo representaba.

—Eso es.

—Eran buenos amigos, aparte del trabajo.

Esa respuesta no pareció agraderle al capitán.

—¿Está segura?

—Por completo. Míster McKinley así lo consideraba, y lo mismo puedo decir de míster Stevens.

Pensé que este no era capaz de sentir verdadera amistad por nadie. Era más falso que el diablo, y tan ambicioso que lo único que le interesaba era sacar provecho de los demás. Pero no dije nada, ya que el asunto pertenecía a la policía.

Kellough prosiguió:

—Usted parece conocer las interioridades de este negocio, ¿no es así, señorita...?

—Elaine... Elaine Thayer. Sí —añadió—. Hace mucho tiempo que trabajo para míster McKinley.

—Perfecto, señorita Thayer. Si tuviera que nombrar alguien que odiase a su jefe, ¿a quién indicaría usted?

Vaciló. La pregunta la había desconcertado.

Pero la mirada firme del policía la obligó a responder.

—No sé... Míster McKinley era una buena persona... Trataba de ayudar a los que se ponían en sus manos. Solía adelantarles dinero muchas veces a cuenta de unos trabajos que ni él mismo sabía si conseguirían.

—Eso está bien, pero siempre hay una oveja negra en un rebaño. ¿Quién le parece a usted que pueda ser nuestra oveja en este caso?

Nueva vacilación. Evidentemente, no se le ocurría ningún nombre. Hasta que de pronto acusó un sobresalto y miró al policía con inquietud.

Kellough la apremió.

—Vamos, hable, muchacha —dijo—. Recuerde que puede tratarse de un asesino.

—Pero si no lo es...

—En ese caso, no tiene que inquietarse.

Tras un corto titubeo, se decidió a explicar:

—Hace ya mucho tiempo, mister McKinley despidió a uno de sus representados. Y después de eso, dio los pasos necesarios para que ese hombre no volviese a trabajar nunca más en el cine ni en la televisión. Hizo que se le cerrasen todas las puertas.

Recordé que McKinley me había hablado de eso, pero ya el capitán estaba echándose sobre el dato como un halcón.

—¿Cómo se llama ese individuo? Y necesitaré también su domicilio si lo tiene en sus ficheros.

—Era un hombre joven —detalló la muchacha—. Se llamaba Eddie Ross. El nombre lo recuerdo, pero la dirección tendré que buscarla en nuestros ficheros. Un momento...

El nombre repercutió en mi cerebro como una campana de alarma. Yo lo conocía, y de repente la comprensión me hizo soltar una exclamación que atrajo la mirada del policía sobre mí como un dardo.

—¿Qué le pasa a usted, Bearing? No me diga que conoce también a ese tipo.

—¿No, eh? Puedo decirle incluso dónde vive: Zeno Place, 28. Yo lo tomé por un ratero cualquiera cuando lo vi.

—¡Que me emplumen si lo entiendo! ¿Dónde lo vio usted?

Le conté el episodio en cuestión, cuando Kay y yo habíamos sorprendido al fisgón en el jardín del bungalow. Kellough se entusiasmó enormemente con mi informe.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó—. El tipo estaba espionando a mister McKinley, buscando la oportunidad de pegarle dos tiros. Debía saber que se encontraba en aquella partida y...

—Pero no lo mató allí, sino que esperó un par de días —le dije, para frenar su entusiasmo—. Recuerde que también creíamos tener amarrado a Stevens en el caso Taylor.

—¡Oh, el diablo con usted! Esto es distinto. ¿Puede usted jurar que el individuo que estaba espionando en aquel jardín era Eddie Ross?

—Puedo jurar que ese era el nombre de sus documentos.

Arrugó el entrecejo, pero acabó por hacer un gesto de impaciencia, y gruñó:

—¿Lo reconocería a él si volviera a verlo?

—Naturalmente.

—Eso me basta.

Repartió instrucciones a sus hombres. Yo asomé la cabeza en el despacho privado del agente artístico, solo para ver cómo andaban allí las cosas.

Había una puerta abierta, por la que debía haber entrado el asesino. Frente a la puerta, retorcido, estaba el cadáver del pobre McKinley. Tuve la impresión de que sus sienes eran más grises todavía que cuando lo viera en casa de Terry Salsbury. De manera absurda, se me ocurrió pensar en

aquellos instantes si McKinley habría ganado o perdido en la partida de naipes.

El capitán terminó de dictar órdenes, y cuando se disponía a salir casi tropezó con el médico forense, de manera que tuvo que aguardar a que este terminara su escueta labor.

No pudo tampoco aportar ningún dato que fuera desconocido, pero le prometió a Kellough efectuar la autopsia en cuanto le llevaran el cadáver al depósito.

El policía gruñó:

—Todo lo que sacaré en limpio es que le han clavado los plomos a bocajarro, de manera que lo que realmente me interesa, «doc», es que mande las balas a «Balística» cuanto antes. ¿De acuerdo?

El médico asintió con un gruñido y se marchó con su andar apresurado.

Nos cruzamos con los enfermeros en la escalera. Tuvieron que hacerse a un lado, apartando la camilla para que pudiésemos pasar junto a ellos.

Mientras el auto del policía nos llevaba por entre el tráfico, en una auténtica carrera de obstáculos, Kellough comentó:

—Tal vez estén relacionados ambos casos, pero sea como sea, este de ahora lo tengo en el saco. Es una venganza de ese fulano, Ross, por haberle arruinado la carrera. Confío que se desmorone fácilmente cuando vea que usted lo identifica como al tipo que espiaba a McKinley en aquella casa.

—Eso estaría muy bien, capitán, pero me parece demasiado bonito para que resulte cierto.

—No sea usted aguafiestas.

El coche se detuvo con un chillido de llantas, aunque no había utilizado la sirena en todo el trayecto. Desde la acera, el capitán examinó el miserable edificio, y refunfuñó:

—No me extraña que haya querido vengarse, si por culpa de McKinley se ha visto obligado a vivir aquí... Vamos.

Tuvimos que preguntar a una mujer que asomó por una puerta, la cual nos aseguró que Eddie Ross acostumbraba estar en casa hasta muy tarde, ya que trabajaba en el turno de noche, de manera que subimos en el chirriante ascensor, llamamos a la puerta del apartamento que la vieja nos había indicado, y aguardamos con los nervios tensos.

Alguien arrastró los pies al otro lado de la puerta, acercándose, y una voz que reconocí al instante, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Abra, Ross. Queremos hacerle unas preguntas —ordenó el capitán, secamente.

—¿Sí? —refunfuñó el tipo, sin franquearnos el paso—. Primero quiero saber quiénes son ustedes.

—¡Policía, maldito sea! —estalló Kellough.

—¡Caray, los polillas! —protestó Ross desde el otro lado.

Pero abrió la puerta y se quedó mirando la impresionante mole del capitán, un tanto alarmado.

Kellough lo empujó sin contemplaciones y nos colamos en su cuchitril. Aquello olía a diablos podridos. No parecía que nadie lo hubiese limpiado en un mes. Había colillas por todas partes, y su olor rancio se mezclaba con el del *whisky* barato y ambos con otras pestilencias menos calificables. Periódicos atrasados se amontonaban encima de las sillas, y las ropas de la cama estaban tiradas a un lado. Era imposible saber si su color era más o menos el que parecía.

El policía olfateó el aire como un lebre, con evidente disgusto. Luego cerró la puerta de un puntapié y se encaró con el hombre que lo miraba asustado.

—Está bien, Ross —dijo Kellough, abruptamente—. Se ha caído con todo el equipo. Será mejor que se vista y nos acompañe.

—Un momento. ¿Qué he hecho yo? —protestó el tipo—. Si estando borracho he molestado a alguien, estoy dispuesto a...

El capitán lo atajó sin contemplaciones.

—No sé si estaba borracho cuando lo ha matado, pero a mí no me importa. Vamos, coja su chaqueta y salgamos de este estercolero.

El hombre se echó hacia atrás, estupefacto. Encontró el borde del lecho detrás de sus piernas y se dejó caer sentado sobre él.

—¡Yo no he matado a nadie! —exclamó, con voz ahogada.

—No me salga con esas ahora, Ross. Y no me haga perder el tiempo o tendré que tratarlo de otra manera —se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Es este el tipo, Bearing?

—Sin duda alguna —afirmé.

Entonces, Ross pareció descubrirme por primera vez y me miró. Pude ver que me reconocía al instante, porque jadeó:

—¡Caray, usted!

—¡Ajá! —saltó Kellough—. Así que conoce a Bearing, ¿eh?

—No sé cómo se llama, pero lo vi la otra noche... Mejor dicho, él me vio a mí. Ya supuse entonces que era un «polilla» libre de servicio.

Algo no iba bien, según mi opinión, pero el capitán iba directo al grano y no perdió tiempo.

—Okey, Eddie —dijo con más suavidad—. Si te portas bien y no opones dificultades, el tribunal lo tendrá en cuenta. Yo me encargaré de eso.

—¡Pero qué tribunal ni qué infiernos! Ni siquiera sé de qué me están hablando.

El policía se frotó la cara enérgicamente. Después dejó que los dedos se enredasen entre su pelambrera y se la alborotó furiosamente.

—Está bien —dijo de mal talante—. Seguiremos el camino difícil. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado usted aquí?

Ross parpadeó.

—Apenas cinco minutos —confesó.

—¡Ajá! Y todavía pretende negar que... En fin, continuemos. ¿Dónde ha estado usted hasta hace cinco minutos?

Había un violento sarcasmo en su voz. Pero el actor afirmó con calma:

—En el bar de Mike.

Kellough casi saltó.

—¿Qué?

—Mike es el propietario del bar. Está en la esquina. Nos conocemos desde hace años.

—Y supongo que ese Mike estará dispuesto a jurar que no se ha movido de allí en toda la tarde.

—¡Claro que he estado en el bar toda la tarde! Hay una docena de tipos que pueden servirme de testigos. He estado jugando al billar con algunos.

—¡Y un infierno ha estado allí! Yo le diré dónde ha estado usted, Eddie Ros —Kellough se inclinó hacia adelante, casi rozando con su nariz la cara del aturdido hombrecillo—. Ha estado en la oficina de míster McKinley. Y le diré más todavía: ha entrado usted en ella por la puerta del pasillo de servicio. ¿No es así?

Ross se irguió. Pude ver que su mirada chispeaba ahora.

—¡No, maldito sea! Jamás volvería a acercarme a ese judío, a menos que pudiera romperle el cuello con mis propias manos. Y él es más fuerte que yo, así que...

El capitán se irguió un poco. Su torso se hinchó como un globo al inhalar aire profundamente.

—Así que deseaba romperle el cuello, ¿eh?

—Desde luego.

De repente, Ross se interrumpió en seco. Seguramente acababa de recordar que Kellough había mencionado un asesinato y mentalmente sumó dos y dos. Debió salirle bien la cuenta, porque abrió la boca y balbuceó:

—¡Diablos, McKinley! ¿Le ha sucedido algo?

—¡Vaya pregunta! Usted era más débil que él, de manera que no podía retorcerle el pescuezo. Por eso ha ido a su oficina y le ha soltado un par de tiros en la barriga, ¿eh? ¡Niéguelo si se atreve!

No lo negó ni afirmó. Se quedó petrificado durante un minuto. Luego, murmuró:

—De manera que... que está muerto...

—Completamente muerto.

—No puedo decir que lo lamento. Se portó conmigo como un cerdo, de manera que se lo tenía ganado. Pero yo no lo he hecho, poli.

Kellough volteó la mano y le pegó de revés en medio de la cara. El hombre dio una voltereta a través de la cama y cayó al otro lado con gran estrépito.

Se quedó allí, acurrucado, durante unos instantes. Después se levantó despacio, apoyándose en el lecho, y miró al gigantesco policía con ojos de cordero asustado.

—¡No tiene derecho a hacerme esto! —protestó casi sin voz.

—Te sorprendería saber los derechos que tengo sobre un sucio asesino.

Rodeó la cama, y sujetándolo por la pechera de la camisa, sacó a Ross de su rincón casi levantándolo del suelo.

—¡Vamos, imbécil! No me hagas perder la paciencia. Confiesa que lo has hecho y te dejaré en paz.

—¡No he matado a McKinley! ¿Por qué no me cree? Odiaba a ese judío, pero nunca pude reunir el valor necesario para enfrentarme a él.

—¡Condenada rata!

—¿Por qué no pregunta en el bar de la esquina? ¡He estado allí, puedo jurarlo!

—Todavía no he encontrado un asesino que no jure que es inocente —se burló el policía—. Pero claro que preguntaremos en el bar. Y meteré entre rejas a tu amigo Mike si hace una declaración falsa. Otra cosa, bastardo: ¿dónde has dejado la pistola?

—Yo no...

Un nuevo revés lo mandó dando tumbos a través del cuarto. Lo vi quedarse acurrucado en el rincón, aterrorizado. Me miró a mí como en busca de ayuda. Balbuceó:

—¡No le deje que me pegue! No puede hacerme eso a mí... Yo no he matado a McKinley, ni a nadie!

—¿Dónde está la pistola? —repitió Kellough, implacable, acercándose al hombrecillo—. ¿O has empleado un revólver? Pensándolo bien, creo que era un revólver. Es más fácil aplicar un silenciador a uno de ellos que a una automática. ¿Dónde está, Eddie?

—¡No me toque! No sé una palabra de eso.

Alargué el brazo y sujeté al capitán cuando pasó por mi lado. Hablé en voz baja:

—No se pase de rosca, Kellough —dije—. Será mejor que interrogué a la gente del bar primero.

—¡No me diga que usted cree a esa rata!

—No lo sé, pero hay algo que no está bien en este asunto. Este tipo no diría lo del bar si no pudiera sostenerlo.

—¡Claro que podrá sostenerlo! Esa gentuza se ayudan entre ellos. Jurarían que la tierra es cuadrada y se quedarían tan frescos. ¿Cree que no los conozco?

Me encogí de hombros.

—Como quiera —refunfué—. Era solo un consejo.

—¡Pero si está tan claro como la luz! Ese ratón cobarde ha estado estudiando las costumbres de McKinley durante unos días, buscando la

oportunidad de matarlo sin riesgo de ser visto. Usted mismo lo sorprendió cuando espiaba la reunión de McKinley y los demás. Decidió que la única manera de hacerlo era utilizando el pasillo de las oficinas, en el que apenas hay nadie. Así es que se presentó allí, disparó con silenciador y cuando se extendió la alarma por el edificio, él ya estaba en la calle. Entonces es cuando debe haberse dirigido a ese maldito bar de Mike. ¡Por Dios, Bearing! Es algo tan idiota que cae por su propio peso.

—Usted es quien lleva el asunto, capitán —dije solamente.

Se volvió hacia Eddie Ross. El pobre estaba temblando.

—¡No me toque! —aulló.

Kellough levantó su manaza. Ross se encogió sobre sí mismo, gimió y se desplomó al suelo como un muñeco.

Se quedó allí, cubriéndose la cabeza con las manos y sollozando.

Desconcertado, Kellough se detuvo. Me miró de reojo y soltó un juramento.

—¿Tiene usted un cigarrillo? —pidió finalmente.

Se lo di y yo también encendí uno.

Nos quedamos así, escuchando los sollozos del aterrorizado hombrecillo, mientras el humo ascendía lentamente en suaves espirales.

No me gustaba la escena.

No, no me gustaba en absoluto.

CAPÍTULO VI

El capitán apuró el cigarrillo hasta casi quemarse los labios. Entonces lo arrojó al suelo y lo aplastó con el pie.

—*Okey*, Eddie —dijo, hablando por primera vez desde que había empezado a fumar—. Iremos a ese bar... ¿No tienes teléfono aquí?

Ross, que se había sentado en el suelo y parecía haber recobrado un poco de valor, murmuró:

—Hay uno en el pasillo para los vecinos...

Kellough me hizo una seña.

—Vigílelo, Bearing, mientras hago una llamada.

Salió del cuarto. Eddie se levantó pesadamente, con su cara enrojecida por los golpes, y me miró.

—Yo no he matado a McKinley —declaró una vez más.

—Dígaselo al capitán, Eddie. De todas formas, es usted el candidato ideal para cargar con el fiambre.

—¡Pero no pueden acusarme por una cosa que no he hecho!

—Pueden hacer algo más que eso si se lo proponen.

—Usted... usted es uno de ellos también, ¿no?

—No. ¿Conocía usted a Morton Taylor?

Levantó vivamente la cabeza.

—¿El productor? No, aunque había oído hablar de él. Un desgraciado como yo no llega a conocer a esa clase de peces. ¿Por qué lo pregunta?

—Quería saberlo, eso es todo.

—Oiga, Morton Taylor fue asesinado hace unos días. No irán a cargarme también con ese muerto.

—Si no conocías a Taylor no pueden endosarte su muerte.

Se quedó reflexionando amargamente sobre lo que le caía encima y ya no volvimos a hablar hasta que Kellough regresó.

—Esperaremos que lleguen un par de mis muchachos y nos iremos a ver a Mike y sus testigos.

Sus muchachos tardaron casi quince minutos en llegar. Eran dos mastodontes de aspecto inquietante, pero no cabía duda que para andar por aquella vecindad eran los hombres indicados.

Entre los dos llevaron a Eddie Ross casi en volandas hasta el bar de Mike, que no era otra cosa que un tugurio sucio con algunas mesas de billar.

Kellough se empleó a fondo, pero se estrelló contra una muralla de

declaraciones claras y favorables a Ross. Cinco o seis individuos afirmaron que Eddie había estado toda la tarde en los billares, jugando con unos o con otros desde las tres, aproximadamente. Y el asesinato se había cometido a las cuatro y media, de manera que el capitán comenzó a darse cuenta que la cosa no era tan sencilla como había supuesto.

Y acabó de derrumbarse cuando Mike, un hombre con una barriga como un tonel, salió a la acera y llamó a un policía de uniforme, el agente que patrullaba aquel sector.

El policía dijo llamarse Ballinger, y explicó que él había visto a Eddie Ross en los billares poco más o menos a las cuatro y media, que era la hora en que acostumbraba entrar en el bar para dar un vistazo todas las tardes.

A Kellough le sentó como un puntapié en la espinilla esta nueva declaración.

—¿Está seguro de la hora? —puntualizó.

—Puede haber un margen de cuatro o cinco minutos, señor —explicó el guardia—. Mi ronda dura exactamente cuarenta y cinco minutos, de manera que cada tres cuartos de hora paso por delante del bar, aunque no entro cada vez, sino a las cuatro y media y en la última ronda, antes del relevo. Y conozco bien a Eddie, señor, porque más de una vez he tenido que hacer algo por él cuando lleva tanto *whisky* dentro que no se sostiene en pie. Pero es un alcohólico pacífico, usted sabe... Nunca arma escándalo y...

—Está bien, está bien —le atajó Kellough, fastidiado—. Tendrá usted que prestar esa declaración en la central y firmarla.

—Desde luego, señor. Precisamente esta tarde me he detenido un instante viendo jugar a Eddie. Me ha sorprendido verlo tan sobrio. Pero me ha dicho que no quería beber hasta después de la partida porque se jugaban algunos dólares.

Kellough ya no le escuchaba. Se había apartado un poco, y tras hablar con sus dos hombres, se volvió hacia Eddie con el ceño fruncido.

—Puedes decir que has nacido hoy, Eddie —gruñó.

Tras esto, abandonó el bar apresuradamente, corrido al darse cuenta de que si en lugar de tropezar con un desgraciado como Eddie Ross lo hubiera hecho con otro fulano más bien situado, en aquellos momentos estaría metido en un buen lío.

Una vez más viajé con él, ya que mi coche estaba en las cercanías de «The Horseshoe», el bar donde nos habíamos encontrado.

Durante el trayecto apenas si despegó los labios. Solo cuando el chófer maniobraba para aparcar, gruñó:

—Tiemblo ante la tarea que me espera, Bearing. Empiezo a envidiarle a usted.

—Eso se arregla con un par de tragos, capitán.

Se encaminó a su despacho y decidí acompañarle por si había alguna

novedad en el caso Taylor. No opuso ningún inconveniente, lo que me demostró que estaba verdaderamente preocupado.

No había más que una novedad, pero de tal calibre que nos dejó mudos de estupor.

Según los técnicos del Departamento de Balística, los proyectiles que habían segado la vida de McKinley habían sido disparados por la misma arma que había sido utilizada para matar a míster Taylor.

Ambos nos miramos, incapaces de formular ningún comentario durante unos segundos. Después, Kellough murmuró:

—Así que el mismo asesino se ha cargado a los dos hombres. ¿Puede usted comprenderlo, Bearing?

Me encogí de hombros.

—Tal vez eso le facilite las cosas, capitán —dije sin mucha convicción—. Ahora tiene usted que buscar a un individuo que haya tenido motivos para matar a los dos hombres. Eso puede resultar más fácil para usted... si tiene suerte.

—Usted lo ha dicho: si tengo suerte. ¡Oh, al diablo! Si me dan la patada siempre me queda el recurso de establecerme como detective privado.

Salí del despacho sin reírle el chiste y fui en busca del coche.

Conduje sin prisas bajo las luces de las calles y el parpadear de los anuncios luminosos. Me hice el firme propósito de olvidar los crímenes, ya que nada tenía que ver con los respectivos casos, y concentrarme en el apuro que Norma Taylor podía representar. Así es que pensé si el abogado habría aceptado mis condiciones o no, y para averiguarlo tomé rumbo a la oficina. El encargado del edificio tomaba los recados cuando yo estaba fuera, de manera que podría saber si el picapleitos me había llamado o no.

Resultó que no, pero sí lo había hecho una mujer dos veces casi seguidas.

—Y ha dicho que volvería a llamar más tarde —me informó el empleado—. Parecía muy interesada en hablar con usted.

Eso me obligó a subir a la oficina, con la idea esperanzadora de que fuera Kay la dama del teléfono. Me instalé tras el escritorio, encendí un cigarrillo y me puse a pensar en ella.

Tardó un cuarto de hora en llamar. Y era Kay, con su voz suave y acariciante, la que me dijo a través del auricular:

—¿Qué clase de hombre eres, Walter? ¡No me has llamado en todo el día! He tenido que hacerlo yo y...

—¡No te dispaes, amor! He estado muy ocupado con la policía. ¿No sabes la noticia?

—¿Qué noticia? No acostumbro alternar con los polizontes.

—No, solo con los fisgones privados, ya lo sé... Bueno, la noticia no te gustará.

—Suéltala, de todas formas. Has conseguido inquietarme.

—McKinley ha sido asesinado esta tarde.

—¡No es posible! —exclamó—. ¿Elmer?

—El mismo.

—¡Santo cielo!

—¿Desde dónde llamas, niña? Puedo estar a tu lado en unos minutos y te contaré todo.

—Estoy en casa todavía. Bob me ha invitado esta noche.

—¿Quieres que te vuelva a dejar tirada si ve un mazo de naipes? No me obligues a quitar estorbos de mi camino, cariño. Dile que tienes un compromiso.

—No estoy muy segura que me convenga frecuentar tu compañía. No me pareces muy recomendable.

—¿No te demostré anoche que en tus manos soy inofensivo?

Soltó una exclamación, pero al instante volvió al tema que la había impresionado.

—¡Pobre Elmer! —exclamó—. ¿Sabes ya quién lo ha matado?

—Hasta ahora no, pero lo encontrarán, seguro. Los policías no son tan tontos como quieren hacernos creer los de la televisión. ¿Qué me dices de esta noche, amor?

—Solo te permito llevarme a bailar. ¿De acuerdo?

—¿Al «Mocambo»?

—O a cualquier otro. ¿Tampoco te has acordado de sacar dinero?

—¡Oh, sí! Esta noche estoy dispuesto a echar la casa por la ventana, cariño. Desde que me llevaste a tu casa que huelo petróleo hasta en la sopa.

—Estaré en «Mocambo» a las diez y media. Y si no tienes dinero deja que el petróleo de papá pague las cuentas.

—Tengo la esperanza de que las pague tarde o temprano... y no solo las del «Mocambo».

Rio y colgó el teléfono.

Decidí que para asistir a un lugar de lujo era preciso cambiarme de ropa, de manera que abandoné el despacho y para no sacar el coche del estacionamiento anduve hasta mi apartamento recreándome en la idea de la noche que se avecinaba.

No es que me hiciera ilusiones respecto a Kay. Sus millones siempre serían una barrera entre los dos, pero mientras pudiera conservar su amistad y gozar de sus caricias, no había motivo para preocuparse.

A menos, claro está, que su padre oliera el asunto y me obligase a salir de estampida.

Me vestí con mi mejor traje y me aseguré de que el dinero estaba en el bolsillo. Fumé un cigarrillo para ganar tiempo, con la mente girando alrededor de las mismas ideas y cuando abandoné el apartamento vi que ni siquiera eran las diez.

Un tanto acomplejado, estacioné mi humilde «Olds» en un extremo del aparcamiento atestado de «Cadillacs», «Lincoln» rutilantes, ligeros autos europeos tan costosos como el de Kay... y algún que otro chófer de color fumando con aire importante.

Avancé por ese despliegue de riqueza, sin fijarme mucho en los últimos modelos aparcados, pero incluso sin proponérmelo mi mirada cayó sobre un «Cadillac» color tabaco cuyos cromados despedían chispazos al reflejar las luces.

Me detuve en seco al reconocerlo, porque no era otro que el coche de Norma Taylor, o por lo menos era tan igual en color y adornos, que muy bien podía ser su gemelo.

Para asegurarme de ello me acerque al magnífico convertible. Sin embargo, antes de llegar a él, una voz dijo cerca de mí:

—Buenas noches, señor. ¿Se acuerda de mí?

Me encontré cara a cara con el chófer mejicano de míster Taylor. El muchacho estaba plantado como un poste, mirándome con una leve sonrisa, pero inquieto por alguna remota razón.

—Naturalmente —dije—. ¿Qué está haciendo por aquí?

Era una pregunta idiota, porque lucía su uniforme sobrio y elegante. Pero mi sorpresa me había impedido pensar con rapidez.

—La señora está cenando ahí dentro —explicó.

—Ya veo... Ha pasado usted a su servicio ahora, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bien, me alegro que haya conservado el empleo.

Me dispuse a seguir adelante, pero él exclamó:

—¡Míster Bearing!

—¿Sí?

—Yo... Bueno, míster Taylor tenía confianza en usted.

Un poco sorprendido, adelanté los pocos pasos que me separaban de él.

—Por eso me contrató —dije—. ¿Qué le preocupa, muchacho?

—Mi nombre es Julio, señor.

—Bien, Julio: ¿hay algo que quiera decirme?

—Ni yo mismo lo sé, señor. Pero usted parecía apreciar al patrón.

—Era mi cliente, pero me resultaba simpático. Y quedé muy agradecido por su generosidad. Pero sigo sin ver a dónde quiere usted llegar, Julio.

—Yo también tengo que agradecerle muchas cosas —murmuró, sordamente—. Y ahora está muerto.

—Eso es, pero nada puede hacer usted para remediar esto.

—Tal vez sí, señor.

Desconcertado, lo miré con nueva atención. Había una expresión inquieta en su rostro de facciones correctas. Sus oscuros ojos no se apartaban de mí.

—No le comprendo, Julio —dije—. Trate de hablar más claro.

—Me refiero que quizá pueda hacer algo para que el asesino pague su crimen, míster Bearing.

Quedé mudo de estupor. ¿Qué podía saber aquel muchacho sobre el asesinato?

—Siga hablando, Julio. Eso me interesa.

—En cuanto le he visto llegar he tenido la idea de contárselo a usted. Después de todo, un detective sabrá si lo que yo poseo tiene valor o no.

Impaciente, estuve a punto de acuciarlo para que fuera al grano. Sin embargo, temí que se alterase y perdiera más tiempo. Así es que le dejé hablar a su manera.

—Escuché una conversación, señor... Mejor dicho, retazos de una conversación. Es posible que tenga importancia.

—¿Quiénes mantenían esa conversación?

—Ella... La señora y míster Stevens.

—Ya veo...

—No recuerdo las palabras exactas, señor. Entonces no tenía por qué prestar una atención especial a lo que hablase la señora con un amigo.

—Naturalmente.

—Ella dijo algo respecto a precipitar las cosas, que no podían seguir con la incertidumbre o algo semejante. No recuerdo las palabras que pronunció. Pero sí estoy seguro de que mencionó el dinero.

—¿Qué dinero?

—No lo sé. Dijo algo de que la fortuna peligraba si dejaban pasar demasiado tiempo.

Una extraña tensión me invadía a medida que el muchacho iba desgranando su relato. Pero me contuve y esperé.

—Míster Stevens la tranquilizó —prosiguió, más inquieto que antes si cabe—. Aseguró que lo tenía todo planeado y que la fortuna estaba segura, pero que no debían precipitarse, ya que un paso en falso podía destruir todos sus proyectos y había demasiado dinero por en medio para arriesgarse.

Calló. Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente tostada por el sol.

—¿Qué más dijeron, Julio?

—No recuerdo el resto, pero míster Stevens mencionó que todo dependía de la oportunidad, de la ocasión... Creí que estaban hablando de negocios entonces, señor. Parecía eso antes de la muerte de míster Taylor. Después he pensado mucho sobre eso sin decidirme a hacer nada hasta que le he visto a usted. ¿Cree que es importante?

—No puedo decirlo sin reflexionar un poco, aunque es posible que sí. ¿Cuándo escuchó esa conversación?

—Hace unos quince días, poco más o menos.

Hice un rápido cálculo mental y saqué la conclusión de que ya estaba trabajando para el millonario en aquellas fechas. Quise aclarar un poco

este extremo.

—¿Dónde la sostuvieron, Julio?

—En el aeropuerto, la tarde que míster Taylor emprendió un corto viaje a San Francisco. La señora vino en el coche para despedirlo, y cuando el avión despegó me dijo que iba a tomar algo en el bar, que la esperara. Como tardó mucho tiempo, me inquieté y entré. No estaba en el bar, pero al disponerme a salir otra vez me detuve junto a la salida libre. Usted sabe que hay unos pequeños departamentos, como reservados. Allí estaban los dos. Entonces creí que se habían encontrado casualmente y no me preocupé más.

—Okey, Julio. Me alegra que me haya contado esto... Pero no mencione una palabra a nadie más. ¿Comprendido? Si es lo que usted y yo creemos, podría ser peligroso.

—Lo sé, míster Bearing. ¿Hará usted algo en este asunto?

—No puedo hacer mucho, en un caso que concierne exclusivamente a la policía. No obstante, lo que acaba de contarme puede ser muy útil.

Vi maniobrar el «M. G.» de Kay hasta introducirse como una cuña entre dos autos menores. Eso abrevió mi charla con el chófer.

—Me pondré en contacto con usted tan pronto pueda, Julio —le prometí, estrechando su mano—. Ahora tengo que dejarle.

—Muy bien, señor. Me encontrará en la casa.

Corrí hacia Kay y la besé fugazmente junto al coche.

—No te precipites, querido —protestó—. He tenido mucho trabajo en maquillarme para que ahora estropees mi obra. ¿Hace mucho que has llegado?

—Apenas unos minutos. Vamos adentro.

Había una gran cantidad de gente en el interior. Pude distinguir algunas caras famosas del Séptimo Arte, con su expresión displicente, como aislados del mundo. Algunos grupos de clásicos turistas se apiñaban en sus mesas devorándolo todo con la mirada. Debían haber soñado con el «Mocambo» y sus luminarias cinematográficas durante años en sus pueblos, devorando revistas de chismes y extasiándose ante sus ídolos.

—Aquella mesa me parece bien.

Me volví. Kay estaba discutiendo con el *maître*, y el hombre acabó por abandonar sus intenciones de colocarnos en una mesa determinada, llevándonos a la que había elegido Kay.

Esta pidió una lista interminable. Creí que el *maître* iba a agotar la tinta con tantas notas. Cuando me miró a mí, me cargué de resignación y murmuré:

—Lo mismo que la señorita.

Se marchó. A juzgar por su cara de satisfacción, mis tres mil dólares iban a quedarse allí en lo que quedaba de noche.

—¿Te has dado cuenta de quién está detrás de ti, querido?

—Teniéndote a ti conmigo, amor, ni la Mansfield conseguiría llamar mi atención.

Esbozó una sonrisa irónica cuando murmuró:

—No es ninguna estrella, tonto. ¿No te interesa ver a Norma Taylor, la reciente viuda?

—¡Ajá! Ya sabía que estaba en el «Mocambo», llorando su viudez. Pero no sabía que estuviese tan cerca de mí. ¿La acompaña el Bello Mark?

—¿Cómo lo sabes si no los has visto? —se burló.

—Los detectives tenemos un sentido especial para estas cosas. ¿Te he dicho que eres adorable esta noche, amor?

—¿Solo esta noche?

—No me gusta abarcar grandes espacios de tiempo en mis apreciaciones. Hablo de lo que veo.

—No me lo habías dicho todavía.

—Pues lo eres. ¿Tampoco he mencionado, así de pasada, que te quiero?

—Que yo recuerde, no.

Rio suavemente.

—Bien, te quiero, Kay. Me he enamorado de ti como un cadete.

—Tendrás que hablar con papá. Y ahora alguien está hablando de ti, querido. Y a juzgar por su expresión, lo que comentan no te hace ningún favor.

—¿De veras?

—El Bello Mark, como tú dices, intenta levantarse, muy indignado, pero su dulce Julieta trata de retenerle.

—Sigue así y te nombraré mi secretaria. ¿Qué diablos le pasa a ese atleta de folletín? Le di una demostración de lo que puede ocurrirle si se pone bruto. Tal vez quiera un poco más de lo mismo.

—¿Fue en esa ocasión cuando estropeaste su nariz?

—¿Es que se le nota todavía?

—Lleva un parche que se la sostiene. Muy discreto, si tenemos en cuenta el lugar. Ahora se sienta definitivamente. Ella ha ganado.

—Eso me da un respiro —dije con burla—. ¿Quieres olvidarte de esa pareja y dedicarte a mí, niña?

—Estoy velando por tu integridad.

—Olvídate de eso. Estábamos hablando de nuestro futuro.

—De tu futuro, cariño. El mío lo tengo resuelto, ¿lo has olvidado?

—¿Cómo voy a olvidar la peste de petróleo que despides?

Se rio. Era un escarceo que no conducía a nada y que a nada comprometía, pero que nos permitía, o por lo menos a mí, que la mente siguiera un derrotero distinto al de las palabras.

Y la mía estaba por completo invadida por las revelaciones de Julio. Si el chófer no había añadido nada de su cosecha, lo que escuchó muy bien podía interpretarse como que la pareja que cenaba a mis espaldas había

estado planeando la muerte de mister Taylor. Para mí, esa era la mejor manera de que una fortuna no se perdiera para ellos. Y se hubiera perdido si al descubrir mi cliente el engaño de que era víctima hubiese tomado determinaciones tajantes respecto a su matrimonio.

Okey, eso me parecía lógico. Pero ninguno de ellos había matado a Morton Taylor. Y el mismo asesino, utilizando la misma arma, había asesinado también a Elmer McKinley.

Todo un embrollo.

—Si lo permites, cariño, nos servirán el champaña.

Me sobresalté. Abstraído, no había advertido la llegada de un camarero, escoltado por el *maître*. El camarero enarbolaba una botella de champaña envuelta en una servilleta, lo cual impedía ver la marca. Pero imaginé que sería de precio astronómico... y contemplé, desconsolado, cómo llenaba las copas y devolvía la botella al interior de un cubo de hielo.

—¿Tú has pedido eso? —indagué.

—Naturalmente. Las noches de amor siempre empiezan con champaña. ¿No lo sabías?

—Soy un zafio en este aspecto. Así que una noche de amor, ¿eh?

—¿No lo es para ti?

—Ya me ocuparé de que lo sea para ambos, niña, aunque solo sea para compensarme de la ruina.

Levantó su copa en un brindis irónico. La imité.

—Por esta noche —murmuró, dejando a un lado las burlas.

—Por ti, amor.

Bebimos, y el champaña estaba bueno y helado, y los ojos de Kay me acariciaban y ya no me pareció un despilfarro el dinero que pudiera costarme la estancia en el «Mocambo».

Y de pronto, ella murmuró suavemente:

—Creo que te quiero, Walter.

Y no estaba burlándose.

CAPÍTULO VII

La orquesta finalizó el número que estaba interpretando. A nuestro alrededor, algunas parejas aplaudieron. Otras se retiraron hacia sus respectivas mesas.

Kay y yo nos quedamos quietos, abrazados durante unos segundos más. Su cuerpo se adaptaba al mío como si quisiera fundirse dentro de él. Quizá fuera efecto del champaña y de la magnífica cena, pero me parecía flotar en una dimensión elevada por encima del mundo que había conocido hasta entonces.

Kay susurró:

—Es realmente nuestra noche, querido.

Nos separamos y nos abrimos paso hasta nuestra mesa.

Al sentarme, dejé que mis ojos cayeran sobre la pareja que a corta distancia hablaban en voz baja, las cabezas casi juntas.

Realmente, el parche que Stevens lucía en la nariz era una auténtica obra de arte. Pero incluso así tenía aspecto ridículo con él adornando su nariz.

Nuestros ojos se encontraron por un instante. Detuve mi movimiento y aguanté su escrutinio hasta que se rindió y desvió la mirada, rojo de ira.

Entonces terminé de sentarme y Kay murmuró:

—No estarás buscando pelea con Stevens, ¿verdad, Walter?

—¿Qué te hace pensar eso?

—No me creas tan tonta. Pero he de advertirte que en el «Mocambo» puede costarte un disgusto armar alboroto. No les gusta, ¿sabes?

—A nadie le gusta. Por mi parte, yo creo que...

—Ahí viene —susurró precipitadamente.

No me moví, como si todo mi interés consistiera en buscar los cigarrillos. Llegó a mi lado cuando acababa de sacar el paquete del bolsillo.

—Usted y yo tenemos que hablar, fisgón —dijo desde su altura.

Encendí un cigarrillo y dejé caer el fósforo con cuidado, de manera que llegó encima de su zapato todavía encendido. Pegó un salto y cerró los puños, agresivo... Entonces levanté la cabeza.

—Mire, Stevens —dije con calma—. No es este el lugar indicado para que le aplaste la nariz una vez más. Estamos entre gente elegante, con un par de excepciones. Vuelva a su mesa, créame. Ya nos encontraremos en el despacho de su abogado.

—¿De mí...? ¡Oh!

—Ya veo que lo comprende. Realmente, es el abogado de su bella fuente de ingresos, pero para el caso es igual.

Una oleada de sangre invadió su cara. Entre el parche y la ira, no parecía tan guapo como antes.

—Es usted un cerdo, Bearing —silbó con los dientes apretados—. Le aplastaré.

—¿Con un revólver o con una automática?

Respingó como si realmente le hubiese puesto las armas nombradas ante las narices.

—Está hablando más de la cuenta —farfulló—. Estoy seguro que fue usted quien informó a la policía de... ya sabe...

—De que Norma Taylor era su amante —terminé por él—. Puede llamar a cada cosa por su nombre... Sí, realmente yo conté al capitán Kellough todo el asunto.

—Una cosa más por la que tenemos que ajustar cuentas.

—No aquí, Stevens... a menos que quiera convertirse en el hazmerreír de todo Hollywood.

Eso le dio qué pensar. Miró a su alrededor y advirtió que algunas personas nos miraban con cierta curiosidad. También andaba cerca una chica de falda corta y cámara fotográfica al hombro. En un momento dado, aquella beldad sofisticada podía plasmar con su cámara escenas muy comprometidas.

—Le veré en el despacho de míster Harrison, el abogado —decidió de repente—. Y después... Bien, sé lo que tengo que hacer.

Giró sobre sus talones y regresó junto a su enamorada viuda.

Kay suspiró:

—Creí que te golpeaba.

—No hubiera podido hacerlo ni en un millón de años. Es todo fachada. ¿Bailamos?

—No esta vez. Prefiero hablar.

—¿De qué?

—No sé... De ti, de tu trabajo...

—Mira, pequeña. No quieras estropear la noche con eso. Mi trabajo no tiene nada de interesante.

—¿Ni en el caso de míster Taylor?

—Ese es uno de los más sucios. ¿Conocías a Morton Taylor?

—Sí. Conozco a casi toda la gente importante de Hollywood.

—¿Qué me dices de Norma?

—Nunca he hablado con ella. No simpatizamos, aunque no puedo decir por qué motivos.

—¿Qué sabes de Stevens, aparte de que es el amante de Norma?

—Lo que sabe casi todo el mundo: que es un vividor sin escrúpulos que

les saca el dinero a algunas mujeres. Antes de Norma ha habido otras para él, aunque no con tanta duración.

—¿Lo has visto alguna vez en la pantalla?

—No, pero se ha dicho que con un poco de suerte puede llegar lejos en el cine.

—Y Morton Taylor se disponía a arruinar su incipiente carrera. No hubiera vuelto a trabajar jamás ante las cámaras.

—Comprendo. Por eso sospechas que Stevens lo ha matado.

—No he dicho eso. Realmente, Stevens no pudo matarlo. Hay un montón de testigos que le libran de toda sospecha, al igual que a Norma. Pero sí es cierto que tenía poderosos motivos para desear su muerte.

—Por lo que me has contado mientras cenábamos, el mismo asesino ha matado también el pobre Elmer.

—Ahí está lo que viene a enredarlo todo. Son crímenes idiotas en su ejecución. Por su misma simpleza, va a resultar casi imposible descubrir al culpable... Parecen crímenes de apuesta.

—¿Qué es eso de crímenes de apuesta?

—Una expresión que utilizó un escritor de relatos policíacos, hace ya tiempo. En una de sus historias, un par de borrachos apostaban que se podía cometer un crimen perfecto. Formalizaron la apuesta, con una gran cantidad de dinero, y cada uno emprendió su aventura con la condición de que un mes después se reunirían para contarse mutuamente el crimen que hubieran cometido. El que quedara impune se embolsaría la fortuna apostada.

—No le veo ninguna relación con lo que estábamos hablando.

—Bueno, uno de los dos borrachos cometió el crimen perfecto. Salió a la calle, se apostó en una esquina de un barrio extremo de la ciudad y mató al primer desconocido que se colocó delante de su arma. Después tiró la pistola en un pantano y asunto concluido. Naturalmente, la policía jamás pudo ni sospechar de él.

—Eso es absurdo —comentó, aburrida.

—Lo es, claro. Pero tiene un fondo de realidad. La policía se ve perdida si no consigue descubrir un móvil para cada asesinato. El móvil es lo que mueve al asesino a matar... y sin móvil no hay asesino para la policía.

—Comprendo, pero en el caso de Morton Taylor...

—Stevens tiene poderosos motivos para haberlo liquidado. No obstante, no lo hizo. Parece que un loco se presentó allí a cara descubierta, le soltó los tiros y se marchó. Lo mismo hizo unos días después con McKinley. No se vislumbra el menor motivo. O por el contrario, en ambos casos se ven motivos tan claros que parece asunto resuelto. Sin embargo, los sospechosos pueden presentar coartadas indestructibles.

Se disponía a replicar cuando se inclinó un poco hacia mí y murmuró:

—Acaban de levantarse, Walter. Se marchan.

—Muy bien, olvídate de ellos por esta noche.

Pero volví la cabeza a tiempo de verlos desaparecer rumbo a la salida.

—Te confieso que los tipos como Stevens me producen náuseas, querida —comenté, fastidiado—. Te aseguro que me gustaría poder cagarle con la muerte de Morton Taylor.

—¿Aunque no lo haya matado él?

—Incluso así. Es un bastardo sin escrúpulos, ambicioso y calculador capaz de cualquier cosa para conseguir sus fines. Sería un tipo que no dudaría en realizar un crimen por una apuesta como el de la historia que te he contado.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa, amor?

La miré. Su rostro adorable me pareció aureolado por una belleza irreal, subyugante.

—Tienes razón. ¿Bailamos?

—Ahora sí.

Una vez más la tuve en brazos, y para mí la noche empezó realmente en aquel instante, libre de la desagradable pesadilla de Stevens y compañía.

Cuando empecé a darme cuenta de la realidad apenas si quedaban un par de parejas, aparte de Kay y yo. Las horas habían transcurrido en un soplo y apenas si nos habíamos movido de la pista de baile, excepto cortas escapadas a la mesa para seguir haciendo los honores al champaña que, según Kay, era lo único que podía beberse en una noche de amor como la que estábamos viviendo.

—Creo que será mejor que nos marchemos antes de que nos echen.

Me miró. El brillo de sus ojos era maravilloso, y no se debía solamente al champaña.

Me sorprendió ver las botellas vacías que reposaban en una mesita auxiliar. Me pareció imposible que entre los dos hubiéramos dado cuenta de todas ellas, pero al ver la cuenta se disiparon mis dudas.

Aboné lo que habían escrito allí con exquisita caligrafía. No terminaron con los tres mil pavos, pero les dieron un buen mordisco.

De nuevo nos enfrentamos con el problema de los dos coches.

—Deja el tuyo aquí —decidió ella—. Nadie lo tocará.

—De eso estoy seguro.

Conduje su bólido con más cuidado que la otra vez. El champaña que llevaba dentro no era lo más adecuado para inspirarme deseos de velocidad.

Kay se deslizó por el asiento hasta apoyar la cabeza en mi hombro y murmuró:

—¿Has estado enamorado alguna vez, querido?

—Varias.

—No me refiero a eso, sino a enamorarte de veras... completamente.

—Bueno, que yo recuerde no.

—Me gusta oírtelo decir.

—Podría enamorarme de ti con esa intensidad de que hablas, pequeña. Pero tienes demasiado dinero.

—¿Y qué importa eso?

—Todo el mundo creería que me has comprado. Y tu papá me soltaría los perros hasta perderme de vista.

—No seas tonto. Papá no se meterá jamás en mis cosas.

—¿No?

—Él opina que debo casarme con el hombre que ame, tenga o no dinero. Él no tenía un centavo cuando empezó. Me lo ha contado infinidad de veces.

—Bueno, es preferible no hacer la prueba.

—Eso es una negativa por tu parte, ¿no?

—Escucha, querida... No estoy muy seguro de lo que siento respecto a ti, pero sé que desde anoche no puedo apartarte de mi pensamiento. Te has convertido en una obsesión y yo sé que eso tiene que terminar más pronto o más tarde. A menos que...

—¿Sí, amor?

—A menos que quieras casarte conmigo.

—¿Me lo estás pidiendo formalmente? —susurró, apartando un poco la cabeza para poder verme la cara.

—Con una condición —añadí en el mismo tono.

—¿Sí?

—Que renuncies al dinero de tu padre. Con un poco de suerte, podemos vivir de lo que yo gane.

—¡Qué tonto eres!

Volvió a recostarse contra mí y escuché su leve risa.

El aire alborotaba sus cabellos, que cosquilleaban en mi cuello.

—No puede ser —dijo de repente.

—Ya lo imaginaba.

—Aunque renuncie al dinero de papá, yo tengo fortuna propia.

—¿Tú?

—La herencia de mamá, naturalmente.

—Eso quiere decir que no tengo escapatoria. Tal vez sea mejor así después de todo.

Seguimos en silencio el resto del trayecto hasta su residencia. Mientras ella abría la puerta recordé que no la había besado en toda la noche, de manera que cuando estuvimos dentro de la casa, y antes que ella pudiera encender las luces, la apreté contra mí y busqué sus labios en la oscuridad.

Sentí sus brazos enroscarse en mi cuello. El tiempo se detuvo en aquel instante y los dos penetramos en un torbellino incontenible.

Un siglo más tarde, ella se desprendió de mí y tanteó la pared hasta

encontrar la llave de la luz y le dio vuelta.

—Tendré que acostumbrarme a tus explosiones pasionales —murmuró casi sin voz.

Me condujo hasta el salón que ya conocía. Me encargué de preparar unas bebidas y después fui a sentarme a su lado.

—Tendrás que acostumbrarte a muchas otras cosas —dije, rodeándole la cintura con mi brazo—. Entre ellas, a quererme.

—¿Crees que me costará mucho?

—Depende.

La besé de nuevo. Cuando apartó la cara, dijo, sonriendo:

—Aprenderé rápido, amor. Y me acostumbraré a seguir tus casos para poder comentarlos. Tendré que asimilar el léxico policíaco, ¿no? Asesinato, homicidio... crimen por apuesta, asesinato invertido...

—Estás diciendo muchas tonterías. Casi nunca tropezamos con crímenes. Eso corresponde a la policía, querida. En cuanto a... ¿Cómo has dicho? Asesinato invertido, no recuerdo que yo haya dicho un absurdo semejante.

Rio, y esta vez permitió que la besara hasta que me faltó el aliento. Verdaderamente, estaba resultando una noche de amor, tal como ella había pronosticado en el «Mocambo».

Y estaba en mis brazos, que era cuanto podía anhelar.

Era lo mismo que vivir en un sueño al lado de una diosa. Una diosa que decía tonterías graciosas, como lo del asesinato invertido. ¿Qué creería ella que...?

De repente, sus palabras repercutieron dentro de mi cráneo con fuerza inusitada:

«Asesinato invertido».

¿Sería posible?

Noté un estremecimiento en todos mis miembros. Sus labios, bajo los míos, daban y exigían a un tiempo, pero la súbita tensión que me había asaltado me impidió responder a su demanda y ella se apartó un poco.

—¿Qué te pasa? —suspiró—. Cualquiera diría que te ha dado un calambre.

«Asesinato invertido».

—¡Eso es! —estallé, levantándome de un brinco.

Asustada, se enderezó en el diván y me miró. Había un profundo reproche en sus lindos ojos.

—Walter...

—¡Tú lo has dicho, querida! Tiene que ser eso.

Acabó levantándose y colocándose junto a mí, aturdida.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, empezando a enfadarse.

—No puedes comprenderlo... y es demasiado largo para contarlo ahora. Tengo que volver al centro, amor. Y sin perder un minuto.

No dijo nada, pero su mirada fue más elocuente que todas las palabras. Me incliné y la besé ligeramente.

—Perdóname —dije, con los labios junto a los suyos—. Te lo contaré todo por la mañana. ¿Me crees si te digo que te amo?

—Empiezo a dudarlo —se quejó—. Una tontería cualquiera te hace apartarte de mí... esta noche precisamente.

—Habrá más noches, Kay. Estarán pobladas de besos y de ensueños, y podremos hacer todos los proyectos que se nos ocurran. Y no habrá asesinos.

—¿Qué?

La solté y me lancé al teléfono. Tuve que efectuar varias llamadas antes de poder localizar al capitán Kellough, pero finalmente me dieron el teléfono de su domicilio particular y pude sacarlo de la cama.

Tuvimos un movido cambio de zarpazos verbales, pero se calmó pronto.

—Lo único que deseo —le dije entonces—, es que me dé la dirección de la secretaria de McKinley. Hecho esto podrá volver a meterse entre las sábanas.

—¡Maldita sea! ¿Qué idea se le ha ocurrido?

—Quiero hacerle una pregunta a esa chica. Y tal vez trate de conseguir una cita también —añadí para restar importancia a mis verdaderas intenciones.

—Eso me parece más verosímil tratándose de usted. Espere un minuto, la tengo en mi libreta de notas.

Esperé. Por el rabillo del ojo pude ver con cuánto interés escuchaba Kay desde el diván.

—Aquí está —anunció el capitán a través del auricular—. Ruthelen Street, 1861.

—¿Tiene teléfono?

Me dictó un número y se apresuró a exigir:

—Si tiene alguna pista que yo desconozca, Bearing, no intente seguirla por su cuenta.

—No es ninguna pista. Le llamaré si se me ocurre algo nuevo.

—Hágalo esta noche y mandaré que lo encierren.

Colgué. Me volví hacia Kay y la miré largamente.

—Está bien —concedió al fin—. Llévate el coche. Te esperaré.

—Tal vez regrese muy tarde.

—No importa.

Me acerqué a ella. Mi mente era un huracán de ideas girando alrededor de una frase. Y todo se mezclaba y me empujaba hacia lo que podía ser el fin del problema que me obsesionaba y llevaba de cabeza a Kellough. Me dije que también podía empujarme a la muerte, pero aventé ese temor y me incliné sobre la mujer que, ya sin duda alguna, amaba.

- Volveré cuanto antes, amor —aseguré, tal vez pecando de optimismo
- . Y te pediré que te cases conmigo.
- Cuando regreses te daré mi respuesta, querido.
- Tras un rápido beso, abandoné la casa como si me persiguieran.

CAPÍTULO VIII

Colgué el teléfono despacio. A través del cristal de la cabina telefónica podía ver la desierta farmacia y el soñoliento dependiente detrás del mostrador intentando resolver un crucigrama.

Después de esa llamada estaba seguro de haber acertado en mi súbita idea inspirada por la aparentemente absurda frase de Kay.

Porque la exsecretaria de McKinley había respondido a mi pregunta con un escueto:

—«Sí».

Y no hacía falta más, a mi entender.

Salí de la cabina. El farmacéutico siguió luchando con su crucigrama y ni siquiera respondió a mi despedida.

En la calle, el rojo coche de Kay aguardaba. Me instalé ante el volante y encendí un cigarrillo, reflexionando a toda presión. Me dije que lo más práctico sería llamar al capitán Kellough y contárselo todo, pero era muy capaz de no creerme... o lo que sería peor, que me creyera y después resultase que yo estaba equivocado una vez más.

Decidí que antes de llamar al policía haría un intento por mi parte, así es que aparté el coche de la acera y lo lancé calle abajo a buena velocidad, aprovechando el casi inexistente tráfico de aquellas horas de la madrugada.

La casa donde vivía Eddie Ross tenía un aspecto más patético a la pobre luz de los faroles. Como había supuesto, nadie se ocupaba de cerrar la desvencijada puerta de la calle, de manera que pude colarme escaleras arriba sin tener que delatar mi presencia. Elegí las escaleras porque todavía recordaba el estrépito del renqueante ascensor.

Me detuve frente al apartamento del exactor, a oscuras. Probé el tirador, por si la suerte hubiera decidido ponerse de mi parte, y comprobé que la puerta estaba casi abierta de par en par.

Eso no me gustó mucho, pero avancé un par de pasos y cerré suavemente detrás de mí. Entonces busqué el interruptor de la luz y le di vuelta, con lo que la sucia lámpara que pendía del techo esparció su luz amarillenta por el pestilente cuarto.

Sobre la cama, vestido y respirando entrecortadamente, Eddie Ross dormía una borrachera de campeonato. Olía a *whisky* como si se hubiese bañado en él, y a su lado, sobre la sábana, quedaba todavía una botella vacía.

Lo contemplé durante unos instantes, buscando la manera de volverlo a la vida. Decidí que no tenía ninguna necesidad de andarme con delicadezas, y pisando colillas y basura entré en el baño. Había un cubo de plástico bajo el lavabo. Lo tomé y llenándolo de agua, volví al lado del borracho.

Después de un último titubeo, lo levanté y vertí el agua sobre la enrojecida cara en un largo chorro.

Obtuve resultados inmediatos. Eddie abrió la boca y gorgoteó como si estuviera ahogándose. Después se agitó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro para huir de la inundación, pero en vista de que el agua seguía cayéndole encima, dio una vuelta y comenzó a barbotar maldiciones con creciente entusiasmo.

Cuando terminé el agua dejé el cubo a un lado y me incliné sobre el borracho.

—Está bien, Eddie, arriba. Tengo algo que decirte.

Luchó por enfocar la mirada sobre mí. Sus turbios ojos parecían los de un pescado, pero tras unos segundos de pelea con los vapores del alcohol, consiguió verme lo bastante claro para reconocerme.

—¡Usted otra vez! —jadeó.

—Veo que has estado celebrando tu buena suerte, Eddie.

—¿Qué le importa eso a usted? Oiga, ¿qué hora es?

No hice caso de sus preguntas y dije resueltamente:

—Trata de despejar tu cerebro, Eddie, porque vas a necesitarlo. Vamos a llegarnos hasta la central para que le cuentes toda la historia al capitán Kellough.

Comenzó a preocuparse. Al mismo tiempo, se esforzó por sentarse en la cama y lo consiguió al segundo intento.

—Usted dijo que no era policía —recordó de pronto.

—Para ti, como si lo fuera. ¿Prefieres andar o te llevo a rastras?

—Escuche, ya quedó claro que no tengo nada que ver con el asesinato de McKinley... No pudieron cargármelo, así que déjeme en paz.

—¡Claro que no pudieron cargarte con el fiambre! Pero no fue culpa de la policía, Eddie. No eres tan tonto como pareces, o tal vez la idea no es tuya.

—Oh, lárguese de una vez. Hasta un pobre patrullero atestiguó que yo estaba en el bar cuando McKinley caía muerto.

—Ajá, fue una buena coartada, Eddie, pero no va a servirte de nada.

—¿Qué está diciendo?

—No te servirá de nada porque esos han sido unos crímenes imperfectos, a pesar de los brillantes planes trazados. Unos crímenes invertidos, Eddie.

Comenzó a perder el color que el *whisky* había puesto en sus escuálidas mejillas.

—Invertidos —balbuceó, aterrado.

Si hubiera estado sobrio tal vez hubiese resistido mejor, pero los vapores del alcohol enturbiaban su mente, de manera que comenzó a desmoronarse más rápidamente de lo que yo había supuesto.

—Veo que lo comprendes —dije con sorna—. No me importa confesar que has tenido casi todas las probabilidades de escapar con bien de este embrollo.

—No sabe de lo que está hablando.

Pero estaba tan asustado que sus manos temblaban. Las apoyó detrás de sí para poder sostenerse y no caer de espaldas sobre la cama.

—¡Ya lo creo que sé de qué hablo, Eddie! Verás la cara que pondrá el capitán cuando comprenda la manera cómo se han cometido esos crímenes.

No dijo nada. Me incliné sobre él y lo sujeté por la pechera de la camisa, dispuesto a sacarlo de la cama y obligarle a acompañarme.

Y entonces el tipo fue más listo que yo.

Vi su movimiento un segundo demasiado tarde, y la botella vacía que estaba sobre las sábanas cayó sobre mi cabeza haciéndose añicos y derribándome de espaldas al suelo.

No llegué a perder el conocimiento, pero la oleada de dolor me aturdió el tiempo suficiente para que Eddie consiguiera escapar.

Cuando me incorporé, mareado por el trastazo, no había el menor rastro de él. Ni siquiera había perdido tiempo para coger su chaqueta, que continuaba tirada sobre el respaldo de una silla.

Dediqué unos segundos a insultarme mentalmente. Me había comportado como un imbécil y habría que oír a Kellough cuando lo supiera. Porque tendría que decírselo, si quería ponerle al corriente de lo que ya era una certidumbre, afirmada por la actitud de Eddie Ross.

Corrí al pasillo y localicé el teléfono, desde el que llamé al capitán. Tuve que esperar que el timbre rompiera su sueño y tan pronto respondió no le di tiempo a quejarse.

—¡Eddie Ross intenta escapar, Kellough! —le dije de entrada, para captar su atención—. Ya sé cómo se han cometido esos crímenes.

—¡Maldito sea usted, Bearing! Eso lo sabe cualquiera. ¿Qué pasa con Eddie Ross?

—He estado con él hace apenas dos minutos. Tan pronto ha comprendido que yo sabía la verdad me ha golpeado con una botella y ha echado a correr.

—¡Condenación! ¿Qué clase de detective es usted?

—No pierda el control, capitán. Deme sus señas y pasaré a buscarle. Creo que sé dónde encontraremos a nuestro hombre.

—Está hablando en acertijos. Es la segunda vez esta noche que me saca de la cama solo para decir tonterías por teléfono. Deme algo concreto o

váyase al infierno, Bearing.

—Muy bien, estoy arriesgando el cuello para solucionarle sus casos y todavía me chilla. Ross es un asesino tan seguro como que usted está pegado ahora al teléfono.

—¡No me salga con esas ahora! Hasta un policía probó su coartada. ¿Lo ha olvidado? Eddie Ross no pudo matar a McKinley.

—Y no lo mató.

—¿Eh?

—Asesinó a Morton Taylor. Cada uno de estos casos ha sido un crimen invertido, Kellough.

—Un... ¡Jesús!

—¿Paso a recogerle o no?

—Y dese tanta prisa que salga humo de sus neumáticos.

Anoté su dirección y salté los peldaños de tres en tres. Instantes después, el «M. G.», volaba como una centella por las desiertas calles. Su motor semejaba un susurro acompasado y poderoso que espoleaba mi impaciencia. El aire silbaba contra el parabrisas y casi me cegaba algunas veces, pero no levanté el pie del acelerador hasta que reduje la marcha y apliqué los frenos delante de la casa del capitán.

Lo vi en la acera, abrochándose la camisa y tratando de que la funda axilar con el revólver de reglamento no le estorbara.

Saltó dentro del ligero bólido sin molestarse en abrir la portezuela, y exclamó:

—¿De dónde ha sacado este juguete?

—Es un préstamo. Supongo que ha comprendido usted lo que he querido decirle por teléfono.

—Creo que sí. ¿Sabe dónde podemos encontrar a Stevens? Ese pájaro tiene sus noches muy ocupadas y no es probable que esté en su piso.

—Yo sé dónde estará... a no ser que sea menos cínico de lo que parece. En casa de Norma Taylor. Y si no me equivoco, allí es donde se dirige también Ross.

—¡Eh, tenga cuidado, maldita sea!

Pasamos rozando la carrocería de un coche que había intentado doblar una esquina. Hundí el acelerador hasta el fondo y el rojo auto pareció saltar hacia adelante.

—¡No tiene ninguna necesidad de arriesgar el cuello! —chilló Kellough.

—Si Ross llega primero que nosotros emprenderán el vuelo.

Calló. Afortunadamente, eran casi las cinco de la madrugada y apenas si circulaba algún que otro coche, de lo contrario aquella carrera podría haber terminado en el hospital.

Sin embargo, estacioné el auto a corta distancia de la residencia que había pertenecido a Morton Taylor. El capitán exclamó:

—¡Hay luz en la casa, Bearing!

—Por lo menos, no hemos llegado demasiado tarde. ¿Cómo le parece que podemos hacerlo, capitán?

Titubeó unos instantes.

—Legalmente, tendríamos que ponernos en contacto con la policía de Beverly Hills para que fueran ellos quienes procedieran a la detención, pero sería una pérdida de tiempo en estos momentos. Tendremos que utilizar la violencia para entrar... a menos que Stevens tenga alguna otra triquiñuela escondida en la manga. A propósito, ¿qué le ha preguntado a la secretaria de McKinley?

—Si Ross y Stevens eran amigos.

—¿Y...?

—Lo son, aunque llevaban mucho tiempo sin tratarse. Desde que Ross fue expulsado por McKinley exactamente.

—Ya veo.

—Hay más —expliqué—. Hace unos veinte días, Stevens le preguntó a la muchacha por Ross. Pidió su dirección con el pretexto de que si el chico estaba en un apuro le gustaría ayudarle.

—No cabe duda de que lo hizo —refunfuñó Kellough—. Vamos a acercarnos.

Saltamos la pequeña verja, y deslizándonos entre los arriates de flores y los árboles, llegamos junto a la casa. La ventana iluminada estaba cerrada y velada por los cortinajes, de manera que podíamos ver el interior.

—Nos arriesgaremos —rezongó Kellough—. Entraremos por la puerta.

Lo seguí hasta que llamó al timbre. Sentí un escalofrío al pensar en, lo que podía suceder. Él llevaba su revólver de reglamento, pero yo no tenía ni un cortaplumas. Lamenté no haber pasado por el despacho para tomar mi 38.

Cuando se abrió la puerta nos encontramos mirando la impresionante belleza de Norma Taylor, envuelta en una cálida *negligée* de color esmeralda. Pero su bello rostro era un compendio de ira contenida.

—Espero que tengan una buena razón para venir a molestar a estas horas, aunque sean policías.

En la penumbra del exterior no me había reconocido.

El capitán dijo, secamente:

—Creo que hay excelentes motivos, señora.

Y entró, pasando por su lado sin más cumplidos. Fue al seguirlo que ella me reconoció.

—¡Usted, sucio fisgón! —exclamó—. ¡Salga de mi casa!

No le hice el menor caso, de manera que se vio obligada a venir hacia donde nos habíamos detenido el policía y yo.

—No se altere, señora —le aconsejó Kellough con ironía, al mismo tiempo que me señalaba con el pulgar—. Este individuo es mi testigo predilecto. Por eso está aquí.

—¿Testigo de que, de las noches pasadas en un motel? —preguntó, cargada de sarcasmo.

—De dos asesinatos, señora.

Eso le quitó las ganas de ironizar.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? —inquirió entre dientes.

Fui yo quien dijo:

—Con un poco de suerte, tengo la esperanza de poderla acusar en calidad de cómplice. Y ya sabe lo que eso representa en nuestro Estado...

—Se han vuelto locos...

—Cuide de ella —ordenó Kellough de repente—. Voy a ver si nuestro amigo está aquí también.

—¡No puede usted hacer eso! —chilló Norma, casi histérica de furor—. ¡No tiene un mandamiento judicial ni...!

El policía no la escuchó. Se internó por la casa y pude ver cómo sacaba su enorme revólver antes de desaparecer.

—Mucho me temo que en el penal no la dejarán exhibirse con esa clase de *negligée*, Norma —comenté con sarcasmo—. Los uniformes son de sarga, y en cuanto a la ropa interior de equipo de las reclusas... vale más no recordarlo.

Me fulminó con su mirada, pero estaba pendiente por completo de los ruidos de la casa. De momento, el silencio era completo, pero de repente fue roto por el seco estampido de un potente revólver.

Ella palideció hasta lo indecible. Yo pegué un respingo, aunque a juzgar por el ruido supuse que había sido Kellough quien le había dado al gatillo.

Oímos su voz lejana que gritaba algo, aunque no pudimos entender las palabras. Inmediatamente, otro disparo retumbó y tras este todo quedó otra vez en silencio.

Tardó algunos minutos en regresar, y cuando apareció traía a Mark Stevens casi a rastras.

Norma no pudo contener un grito de alarma al ver a su *gigolo* casi inconsciente. Pero no se le veía sangre por ninguna parte.

—¿Dónde lo ha herido, capitán? —indagué, mientras Norma se abrazaba a Stevens.

—Solo le he sacudido un culatazo a este. Quien ha recibido un plomo ha sido Ross, cuando intentaba escapar por el jardín trasero.

—Ya veo. Creo que será mejor que llame a los policías de este distrito o nos veremos metidos en un lío.

—Hágalo. Ahora ya sé el terreno que piso. Ese intento de fuga, el hecho de que en cuanto Ross se ha visto perdido haya acudido aquí en busca de ayuda... Tenía usted razón. Crímenes invertidos —soltó un gruñido de desprecio antes de añadir—: Mejor sería que confesaran ustedes dos; nos ahorraríamos muchas molestias.

La pareja se limitó a mirarlo, pero todo lo que Stevens gruñó fue:

—Tenemos derecho a llamar a un abogado. Exijo que...

—Yo les diré cuáles son sus derechos. Desde luego, entre ellos no entra el asesinato.

Descolgué el teléfono e hice la llamada. Cuando regresé al lado de Kellough, este estaba diciendo:

—¿Quiere facilitar las cosas, Stevens, o tendremos que hacerlo por el camino difícil?

—Usted es quien habla. Puede seguir haciéndolo hasta que se canse.

—Okey, peor para ustedes. Les diré cómo se cometieron los crímenes, bastardo. Y lo que es más importante, lo probaré —no obtuvo respuesta y añadió—: Lo probaré porque se pasaron de listos... y por otra parte fueron un par de estúpidos. Se procuraron excelentes coartadas para el momento que uno de ustedes, Ross o usted, Stevens, llevaban a cabo su correspondiente crimen. Pero olvidaron que no tendrían coartada alguna si invertíamos los asesinatos... por ejemplo, ¿dónde estaba usted cuando McKinley fue asesinado, Stevens?

Retrocedió y se dejó caer sobre una butaca. Estaba tan pálido como un muerto.

Implacable, Kellough prosiguió:

—Yo sé lo diré. No tiene coartada para ese momento... porque estaba precisamente asesinando a su agente artístico. ¡Usted mató a McKinley, Stevens!

El aludido ni siquiera parpadeó. Resistió un instante la mirada acusadora del capitán y luego desvió los ojos a otra parte.

Norma se había acercado a él y, colocada a espaldas de la butaca, dejaba que sus manos acariciaran los hombros de su amante.

Pero el policía no estaba para romanticismos.

—Usted y esa pájara deseaban librarse de Morton Taylor, entre otras razones para no correr el riesgo de ser descubiertos y quedarse sin un centavo. Por eso planearon el crimen y se les ocurrió la brillante idea... si podían contar con la ayuda de un tipo resentido como Eddie Ross. Por eso indagó usted su dirección hace algunos días, Stevens, para proponerle el negocio.

—Está hablando demasiado —le espetó Norma—. ¡Exijo que me permita llamar a mi abogado!

—Hay tiempo para eso... Tiempo; lo que no le dieron a su marido. Ni a McKinley.

Ella desvió la mirada. Temblaba.

—Voy a decirle el resto de lo que sucedió para que olvide usted toda esperanza, Stevens. Después podré descansar porque habré resuelto los dos casos... con un solo golpe.

Encendí un cigarrillo y le di uno a él. El suelo estaba cubierto por una

costosa alfombra, de manera que busqué un cenicero en el que depositar el fósforo. Había uno de plata sobre una mesita cercana, grande y que debía haber costado una buena suma. Tiré la cerilla y seguí allí, escuchando al policía.

—Usted engatusó a Eddie poniéndole ante las narices el señuelo de la venganza. Usted mataría a McKinley, de manera que si la policía sospechaba de Ross, este tendría una sólida coartada. A él se le ocurrió que el bar de Mike era el lugar ideal, siempre que el crimen se cometiera alrededor de las cuatro y media, hora en que el policía que hace la ronda en el barrio acostumbra a entrar en los billares... y «casi» les salió bien.

Ella mascullo:

—Todo esto son fantasías... no posee usted ni una sola prueba.

—Ya llegaremos a las pruebas... como a su marido le llegó la hora de ser asesinado por Eddie Ross, mientras usted y su apasionado amigo se procuraban excelentes coartadas con las que tapar los ojos de los estúpidos policías...

Se interrumpió al oír el timbre de la puerta llamando insistentemente. Corrí a abrir y me encontré con los policías de Beverly Hills, a los que guie hasta donde estaban los demás.

Parecía que no hubieran movido ni un dedo.

Tras las presentaciones, Kellough relató brevemente el asunto a sus colegas, pero le atajé a la mitad:

—¿Me necesita usted para algo, capitán?

Me miró. Una sonrisa aleteó en sus labios.

—Creo que puede largarse, Bearing... yo recibiré a los periodistas en cuanto lleguen aquí.

—Ya veo... sigue preocupándose por su retiro. Bien, yo también voy a ocuparme de mi futuro.

—Eso me parece bien...

Sonó una exclamación y un estampido, que dentro de aquellas paredes retumbó como un cañonazo. Giré hacia donde estaba Norma y su *gigolo* particular y lo mismo hizo Kellough, solo para ver el revuelo que se había organizado.

Uno de los recién llegados policías del distrito se debatía con el enloquecido Stevens, luchando por arrebatarse un revólver de cañón corto que empuñaba.

Detrás del grupo, Norma se apretaba contra la pared mordiéndose los puños de terror.

De un salto, Kellough cayó sobre los dos contendientes y su puño como una maza dejó fuera de circulación al iracundo Stevens.

El otro policía explicó:

—Ha intentado volarse la cabeza... apenas si he tenido tiempo de impedirselo...

—Esa es la mejor confesión por su parte, Stevens —gruñó el capitán.

Tomó el revólver del suelo y lo examinó. Sus ojos relampaguearon, interesados.

—Hay unas ligeras muescas en el extremo del cañón —murmuró, mostrándolo a sus colegas—, como las que sirven para sujetar un silenciador. Apuesto que es el arma con que cometieron los crímenes... ¡Otro error de bulto por parte de ese par de estúpidos! Guardar el arma homicida...

Me deslicé hacia la salida, pero él me alcanzó antes de llegar a la puerta.

—Aquí, entre usted y yo, no me importa reconocer que le debo este triunfo —confesó, sonriendo—. Pero no intente quedarse con los laureles para hacerse publicidad, Bearing... estropearía nuestra incipiente amistad...

—Al diablo con eso, Kellough. No voy a necesitar ninguna publicidad de ahora en adelante.

—¿Cómo es eso?

—¿No huele usted a petróleo cuando se acerca a mí?

Abrí la puerta y salí fuera. Él me detuvo todavía.

—¿Qué diablos está planeando?

—Voy a casarme, eso es todo.

Se quedó turulado al escuchar eso. Solo balbuceó:

—¡Que me ahorquen! Usted... ¿Con quién, Bearing?

—Con unos pozos de petróleo...

—¿Eh?

—Los más hermosos pozos de petróleo que haya imaginado usted en su vida... ¡Y está esperándome!

—Algo no funciona bien en su retorcido cerebro... ¿Quién diablos le está esperando?

—¡Ella, polizante!

Salté al coche y salí disparado.

Era cierto que estaba esperándome, como pude comprobar tan pronto llegué a su casa.

Ella había querido terminar la noche de amor que habíamos empezado en *Mocambo*. Incluso, se había entretenido en preparar una botella de champaña, poniéndola en el hielo y disponiendo las copas en el saloncito.

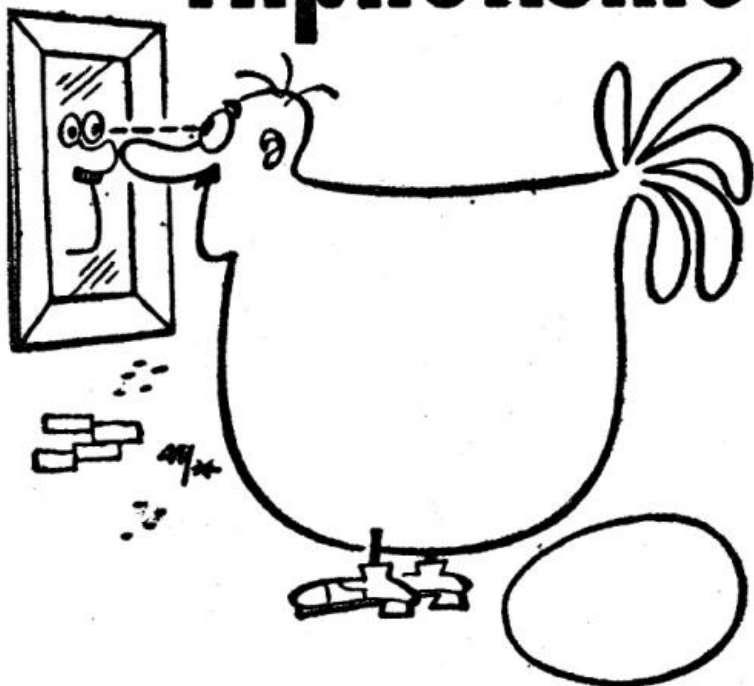
Pero tan pronto estuvo entre mis brazos olvidó por completo la botella, las copas y el mundo en que vivía, lo cual viene a demostrar que, para el amor, no se necesita champaña helado.

Ni ningún otro ingrediente, dicho sea de paso.

Excepto, naturalmente, una mujer como Kay entre los brazos.

FIN

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébela.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS

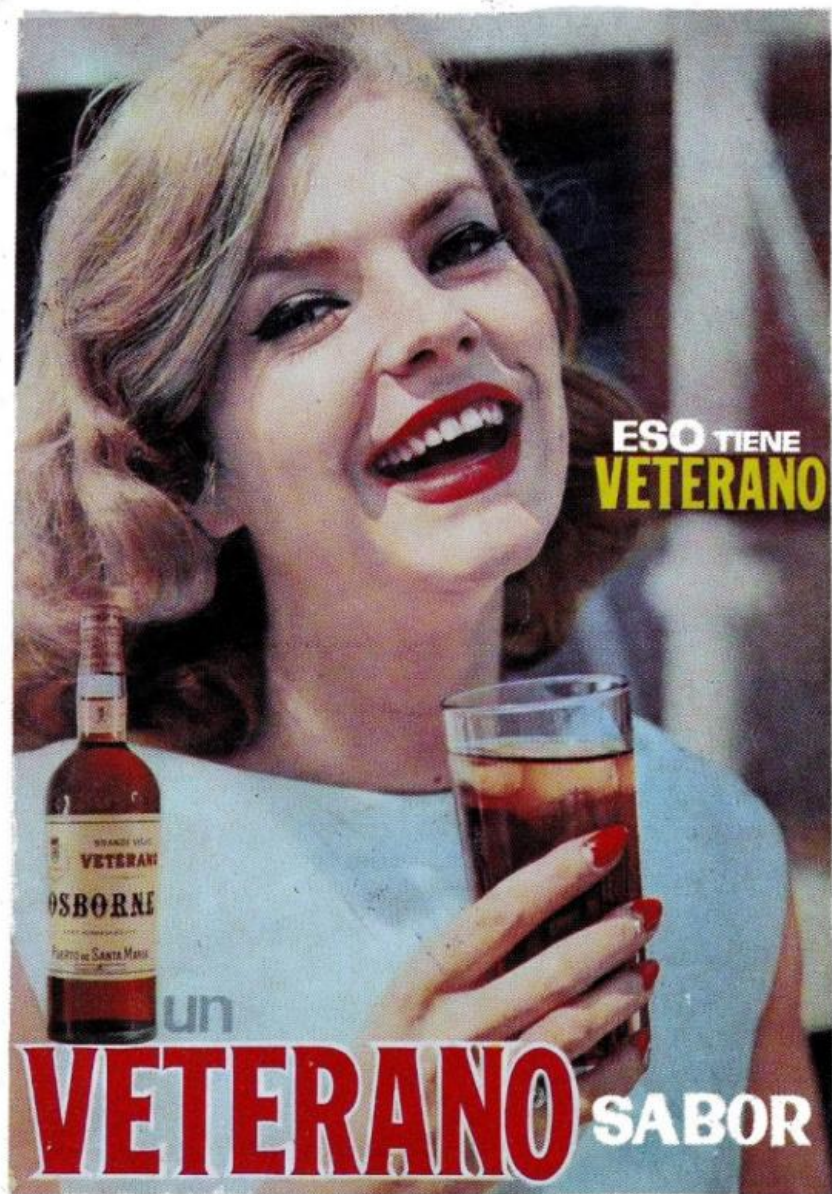


Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





**ESO TIENE
VETERANO**

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain